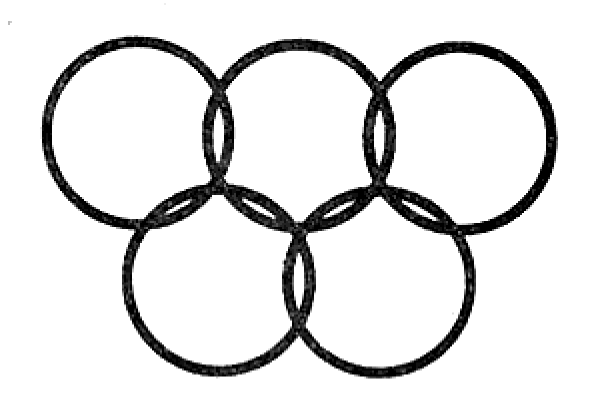

BRUGUERA
BOLSILIBROS
ACCION
OCHO BAJO PAR
George Sound

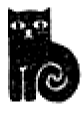
OCHO BAJO PAR

GEORGE SOUND

Colección
DOBLE JUEGO n.° 49
Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES, 5 —BARCELONA



COLECCION
DOBLE JUEGO



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

44 —*Manos vacías*. Lem Ryan
45 —*La apuesta era la vida*. George Sound
46 —*El terror de los estadios*. Joseph Berna
47 —*Sangre, oro y ¡gloria!* Lucky Marty
48 —*Asesinato en el hipódromo*. Alan Parker

ISBN 84-02 09277 2
Depósito legal: B. I.432-1983
Impreso en España —Printed in Spain
1. a edición: marzo. 1983
2. a edición en América: septiembre. 1983

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N152. Km 21.650)
Barcelona —1983

CAPÍTULO PRIMERO

—PAPÁ, llevas una semana sin parar. No recuerdo haberte visto nunca tan viajero.

—No sé por qué dices eso, James. Sabes que siempre me han gustado muchos los viajes. Y desde que murió tu madre, ha sido una de mis mayores distracciones.

—Sí, pero tantas salidas… Qué quieres que te diga, papá… Me extraña un poco. Sabes también como yo que hace lo menos cinco años sólo viajabas en verano y algún crucero corto en Pascua.

—No creo que sea tema de interés para hablar mucho más. Discúlpame, hijo. Tengo que hacer un par de llamadas telefónicas y no quiero demorarme. Nos vemos a la hora de la comida, porque comes en casa, ¿verdad?

—Sí, hoy comeré en casa.

—Hasta luego, pues, James.

Julius Callaghan paseó su humanidad a través del inmenso salón y se dirigió hacia su despacho. James le siguió con la mirada.

Si su padre creía que le había convencido, estaba equivocado. Por mucho que se empeñara, no había viajado tanto en su vida. Y ahora, desde hacía unos meses, salía constantemente, pocos' días, sí, pero demasiado a menudo. Posiblemente tenía algún amor y no quería escándalos ni fotos en la prensa. Pero, no. A él se lo hubiera dicho.

Dejó atrás sus pensamientos y se encaminó hacia la puerta de la calle.

El BMW aparcado delante de la puerta salió disparado como una exhalación.

La mansión de los Callaghan era un precioso palacete de estilo Victoriano situado en Brentford, a pocos kilómetros de Londres. Los magníficos jardines que rodeaban el edificio seguían siendo cuidados por la tercera generación de los Brown, jardineros al servicio del primer Callaghan que ocupó el palacio, el almirante de su Majestad James Callaghan.

Algunos elementos se habían introducido en la edificación, una preciosa piscina olímpica, una sauna finlandesa, dos canchas de tenis y la joya de la familia, una de las mejores y más cuidadas pistas de golf. En ella, el último de los Callaghan, James, como su bisabuelo, había

practicado este deporte desde la niñez.

* * *

Míster Callaghan se dejó caer con laxitud en uno de los sillones de estilo inglés que ocupaban su despacho. Había estado a punto de perder la calma con las preguntas que le había hecho su hijo y ahora se relajaba de la tensión nerviosa.

Por un instante reflexionó sobre sus palabras para recordar alguna posible inconveniencia. Siempre había sido un hombre tranquilo, incluso en los momentos más difíciles, que no habían sido pocos.

Marcó un número de teléfono que sabía de memoria. Nadie cogió el aparato. Marcó nuevamente y tampoco obtuvo respuesta. En el mismo momento en que soltaba el auricular sonó el timbre. Un movimiento Instintivo, de sorpresa, hizo que retirase la mano.

—Dígame —preguntó en tono cortante.

—Míster Callaghan, tiene que volver a El Havre.

—¿Otra vez? Lo siento, no puedo.

—Es preciso. Y no tiene otra salida.

—Mi hijo está haciéndome una serie de preguntas relacionadas con los viajes que hago últimamente. Se extraña de esta nueva situación, yo nunca he viajado tanto. Al contrario. Tienen que darme un poco más de margen.

—En esta ocasión no es posible, señor.

—¿Y cuándo tendría que salir?

—El lunes próximo.

—Es muy pronto. No voy a poder.

—Piénselo. Le llamaré a mediodía para recibir una respuesta definitiva.

El clik del teléfono sonó al otro lado del hilo. Julius Callaghan permaneció un tiempo con el auricular en la mano, pensativo.

Sus cerca de cien kilos estaban proporcionados con la altura de su cuerpo. En su juventud, su figura había sido causa de miles de suspiros por parte de las muchachas casaderas de Londres. Ahora, parecía cansado. Su apostura se había venido a menos, aunque no su encanto y su elegancia.

Las canas, peinadas con esmero hacia atrás, lucían en la mayor parte de su cabeza. Y un tupido bigote, gris, le adornaba la cara, imprimiéndole un cierto aire socarrón.

Llamó a John, el mayordomo, y le pidió un whisky A los pocos minutos volvió a entrar con un bandeja y le sirvió la bebida.

Julius Callaghan, con el vaso en la mano, se acomodó plácidamente

en su sillón y rememoró su vida, unos años atrás.

Siempre había amado la pintura. Ya desde niño, en el colegio, sus mejores notas fueron siempre en esa asignatura. Tuvo oportunidad de salir becado desde Oxford hacia la Universidad de París, por aquellos años cuna de la cultura. En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el existencialismo y sus manifestaciones artísticas hicieron mella en Europa, fundamentalmente en Francia, bajo la dirección del gran filósofo Jean—Paul Sartre.

Pero Julius era un hombre conservador «desde el mismo día de su nacimiento», pensó. Y no se aventuró a pasar un par de años en París.

Su acaudalada familia tampoco le obligó a marcharse. Y su madre, que siempre le favoreció sobre el resto de sus hermanos, intentó, para no perderle, atraerle con nuevos y valiosos regalos. Los caprichos, coches, motos, relojes, estuvieron a la orden del muchacho, que vio así satisfecho su ego.

No tardaría muchos años en arrepentirse.

La pintura y el juego fueron el centro de su vida. Aunque nunca llegó a pintar bien, fue lo suficientemente inteligente para comprender que un par de años en París hubieran hecho de él, sino un genio, un buen maestro.

Y su frustración empezó a llenarla con el juego. Las deudas fueron pagadas una a una por su madre. Las facturas cada vez fueron más altas.

Una cirrosis hepática se llevó a su madre a la tumba, tras varios años de sufrimiento. Y su muerte tuvo lugar en el momento en que Julius debía algo más de doscientas mil libras.

La prensa aireó en algún artículo las manipulaciones realizadas por Julius Callaghan para recibir la mayor parte de la herencia de su madre. Sus hermanas, Margaret y Louise, hicieron rectificar al diario bajo amenaza de denuncia. Siempre adoraron a su hermano. Pero al parecer algo raro había pasado en el testamento.

Él lo recordaba bien. Su madre, un par de días antes de su fallecimiento, había cambiado el legado a sus hijos y varió los porcentajes de beneficios que de las empresas de grafito, propiedad de su difunto esposo, se recibían anualmente.

Julius pagó las facturas, y las deudas con la herencia. Y le quedó tanto dinero que comprendió que nunca en su vida volvería a tener problemas económicos.

Entonces fue cuando comenzó su afición por coleccionar obras de arte.

Y fue al cabo de unos años, siendo ya fabulosa su colección de cuadros, cuando se enamoró de aquel valioso Rubens, mejor dicho, valiosísimo.

Le costó mucho trabajo conseguirlo, tantas fueron las trabas y

exigencias que impuso el marchante. Pero al fin pudo verlo colgado en las majestuosas paredes de su salón principal. La prensa mundial se había hecho eco de la compra y el precioso Rubens fue objeto de multitud de fotografías. Porque la cifra pagada había sido fabulosa.

Cuando supo que era robado, creyó morir.

Posteriormente le explicaron cómo había sucedido. Mediante extorsión y robo a otro coleccionista italiano, el grupo de gente que le utilizaba para conseguir sus fines, consiguió vendérselo a él, a Julius. ¡Por eso le pusieron tantos impedimentos! ¡Para que deseara el cuadro con todas sus fuerzas!

Y de esta forma, bajo amenaza, extorsión y chantaje de lanzar este nuevo escándalo a la prensa y volver a tocar lo relativo a la herencia, hicieron callar y aceptar su juego a míster Callaghan.

Había demostrado seguir siendo el hombre débil que siempre fue. Agachó las orejas y recibió órdenes. Pero en este caso tenía justificación. No podía destruir la brillante carrera de su hijo.

James había sido un niño alegre y jovial. Seguía siéndolo a sus veinticinco años. Adoraba el golf desde que tuvo uso de razón. Se distraía horas y horas paseando por el inmenso campo mientras intentaba colar una y otra vez la pelota en los hoyos. Su afición había crecido con los años.

El padre, que supo ver el interés de su hijo por este deporte, contrató al mejor profesor de golf de Inglaterra, por tres veces campeón del mundo en su juventud.

Y James había aprovechado las lecciones. Se había convertido en un magnífico campeón. En el salón principal destinaron una preciosa vitrina para los trofeos del joven. En tres años consecutivos había ganado el Open de Inglaterra.

Entrenaba seis horas diarias, pues su fuerza de voluntad era una de sus mayores virtudes. Se preparaba con mucho esmero para el próximo campeonato del mundo.

Julius volvió a pensar que no tenía más remedio que aceptar el viaje que le habían propuesto para el lunes siguiente. No estaba dispuesto a arruinar la vida de su hijo.

* * *

—Tráigame un poco de pudding, John —ordenó míster Callaghan.

—Al momento, señor. ¿Quiere algo más el señorito James?

—No, John. Así está bien. No tengo demasiado apetito.

—¿Sigues la alimentación que te ha recomendado el doctor?

—Por supuesto, papá. No tomo absolutamente nada que no esté escrito.

—Eres un buen chico.

El mayordomo entró en el comedor con la bandeja de pudding.

—Señor, le llaman al teléfono. '

—Voy enseguida —contestó mudando el gesto.

Sabía quién llamaba. No le había visto nunca, pero reconocía su voz entre mil. Además, era muy puntual.

—Dígame —dijo ya al aparato.

—¿Lo ha pensado?

—El lunes saldré.

—Está bien; todo estará preparado para cuando usted llegue. Como siempre.

—Adiós. Buenos días.

Volvió a la mesa preocupado. No sabía de qué forma le comunicaría a su hijo un nuevo viaje. Lo mejor sería que buscase primero una buena excusa, aunque le sería difícil que James tragara el anzuelo.

Se sentó nuevamente a la mesa y siguió comiendo. John le sirvió un poco más de vino. Dio un paso atrás y se quedó junto a él.

—Puedes retirarte, John. Cuando hayamos terminado, mande a Dorothy que retire la mesa.

—Como mande el señor.

—¿Quién era, papá?

—Una llamada del Club Hípico. Era algo relacionado con la cuota. Ya lo arreglará el contable. Yo no quiero saber nada de esos líos.

Por un momento dudó en hablar de su salida. Era un buen momento. Pero prefirió dejarlo para otro mejor. James podría pensar que la llamada no había sido del club hípico. Y si lo comprobaba le pillaría en un renuncio.

* * *

La vio atravesar el jardín con su distinguido caminar. Los rizos de su dorada melena saltaban juguetones. Una franca sonrisa iluminó su rostro, cuando le divisó tras el cristal de la ventana.

El traje gris, de falda de tubo, la hacía más alta de lo que era. Los zapatos negros de tacón alto no le impedían caminar deprisa, se había acostumbrado de pequeña a guardar el equilibrio aunque le costara una regañina cada vez que su madre la pillaba taconeando con sus zapatos.

Su tez blanca y sus ojos claros le daban una apariencia tranquila y apacible, aunque tras ellos se ocultara un carácter fuerte y voluntarioso.

James la esperaba junto a la puerta.

—¡Hola, cariño! Estás preciosa. Eres la mujer más linda de Inglaterra. Has venido temprano. Todavía no me he arreglado.

—No importa. Te esperaré en la biblioteca. Puedes tomarte todo el tiempo que quieras. He venido un poco antes para poder consultar un par de libros. Ayer tuve una discusión con mi padre. Dice que nuestro apellido es irlandés y yo mantengo que es escocés, aunque los Biggest se trasladaran más tarde a Irlanda.

—¡Bonita polémica! Enseguida me reúno contigo. Si quieres algo no tienes más que llamar a John.

Subió de dos en dos los escalones. Los dormitorios estaban en la parte superior de la casa.

Laura se dirigió hacia la biblioteca. Estaba segura de ganar la apuesta a su padre. No había empezado a ojear un libro de linajes, cuando el mayordomo entró en la sala. Laura le saludó afablemente.

—¿Desea beber algo la señorita? —preguntó con la voz engolada.

—No, John. Muchas gracias. Voy a almorzar en media hora y ya sabes que no bebo alcohol.

—¿Quizá le apetecería un zumo de tomate? Está recién hecho.

—Bueno, está bien —dijo con resignación—. Pero si luego se me quitan las ganas de comer, te echaré a ti la culpa.

Siguió con el libro y por un momento llegó a olvidarse de James que la estaba esperando.

—Cuando quieras, Laura, yo estoy listo.

—¡Ah! Perdona, cariño. Estaba enfrascada en la lectura y perdí la noción del tiempo. Creo que voy a llevar razón. Estoy en un 'tris de averiguarlo. Luego continuaré, con tranquilidad. Tengo un hambre…

En ese momento apareció John con el zumo de tomate.

—Señorita Laura, su zumo.

—Un momento, cielo. Tengo este aperitivo pendiente. Gracias —dijo dirigiéndose al mayordomo.

Se lo bebió a toda prisa y estuvo a punto de limpiarse con el revés de la manga si el diligente criado no le hubiera ofrecido en ese mismo momento una servilleta.

—Podemos irnos, James.

La cogió de la mano y tiró de ella hacia la calle.

—¿Qué te parece si comemos en el Steek an Brew? —le preguntó Laura, ya camino de Londres.

—Me gusta mucho. Pero recuerda que la última vez que estuvimos casi te pusiste malo. Y ahora, con el régimen, no creo que te convenga.

—Es que la ensalada es una delicia. Pero creo recordar que en aquella ocasión bebí muchas cervezas. No será hoy lo mismo. Con el filete y la ensalada beberé agua.

—Eso está mejor. No te conviene engordar ni un kilo y ya sabes que la cerveza…

—Cambiando de conversación, Laura, estoy preocupado…

—¿Por qué? ¿Llevas mal los entrenamientos?

—No, en absoluto. No es por eso. Es mi padre.

—¿Tu padre? ¿Qué pasa con él? ¿Está enfermo?

—No, que yo sepa. Mi preocupación es por otros motivos. Verás, esta mañana he hablado con él en relación a los viajes que hace últimamente. Ya es algo mayor para estar de un lado para otro. Desde que murió mi madre, incluso antes, ha sido un hombre más bien sedentario, apegado a su casa. Veraneaba un mes al año y a veces en Navidad o Pascua solía hacer un crucero de tres o cuatro días.

»Desde hace algunos meses le noto un poco extraño. Y sale continuamente en el yate.

—No veo nada extraño en esa actitud. Perfectamente puede sentir, aunque sea algo mayor como tú dices, afición por el mar. No sería el primer caso. Por otra parte, el hecho de que no saliera antes tanto no significa nada. Simplemente puede desearlo ahora y antes no. Tampoco veo en eso nada raro. Creo que eres tú el que ve cosas anormales.

—Puede que tangas razón y sea yo quien complique las cosas, pero noto a mi padre, digamos, de una forma especial.

—Lo mejor es que busques rápidamente un parking y vayamos a comer. Deja de pensar tonterías y céntrate en los entrenamientos. El tiempo pasa volando y la fecha del campeonato no está tan lejana.

—Tienes razón, cariño. No sé qué haría sin ti —dijo con ironía.

* * *

—Señor Callaghan, le llaman por teléfono.

—Bien, gracias, enseguida voy Walter, perdón, un momento.

James interrumpió el entrenamiento y se dirigió al pequeño despacho que tenía en el

Club de Golf de Londres. Generalmente no se le interrumpía durante el juego. La llamada tenía que ser importante.

—Soy James Callaghan, dígame.

—Señorito…

—Dígame, John, ¿pasa algo?

—Sí, señorito. Venga a casa inmediatamente. Su padre está mal.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo puedo decir, señor. Pero está destrozado.

—Voy ahora mismo.

Colgó el aparato y fue corriendo hacia el campo.

—Walter, me tengo que marchar ahora mismo. Ya te explicaré. Llámame.

Y sin darle tiempo a contestar, volvió otra vez a su despacho. Sin ducharse tan siquiera, dejó los palos apoyados contra la pared y se puso la chaqueta de lana. Se dirigió al aparcamiento y a gran velocidad desapareció del Club.

La verja metálica se abrió automáticamente y James atravesó el jardín. Aparcó el coche a la puerta y antes de llegar al final de la escalera de la puerta principal, John le abrió. —Está en su dormitorio, señor, pero creo que habrá que llevarle al hospital.

Subió a toda prisa a la habitación de su padre. El mayordomo fue tras él. La habitación, en semipenumbra, le impidió ver con claridad la escena, pero se apercibió de la presencia de Dorothy, la doncella, en la cabecera de la cama.

—Por favor, dejen entrar un poco más de luz.

Se acercó a su padre y tomó una de sus manos. Le miró con ternura.

—¿Qué ha pasado, papá? Contéstame.

Con tremenda lentitud intentó abrir la boca. El rostro desfigurado completamente impresionó James.

—Papá, papá, ¿cómo ha sido? ¿Qué ha pasado?

—Señorito, déjelo. No ha podido pronunciar una sola palabra desde que le encontramos. Será mejor avisar a una ambulancia, aunque el doctor Filsbury llegará enseguida.

—¿Dónde le encontraron? —preguntó James, visiblemente afectado.

—En su coche, señor. A la puerta de casa.

—¿En la puerta de la calle? ¿No?

—Sí, señor. La furgoneta de la lavandería no podía entrar porque el coche estaba casi atravesado en medio de la verja. Nos llamaron y salimos a ver qué pasaba. Y entonces le encontramos. Lo trajimos a casa, después de considerar si debíamos moverle o no. Elegimos lo primero y entre el cocinero y yo le subimos. He llamado ya al médico. A continuación le llamé a usted. No puedo decirle más.

—Está bien, John. Ha hecho usted lo que debía…

El timbre de la calle sonó.

—Será el doctor Filsbury —dijo James.

A los pocos segundos, el doctor entraba en la habitación del enfermo. Un reconocimiento rápido le hizo ordenar:

—Llamen a una ambulancia inmediatamente. Necesito llevarle al hospital con urgencia. Señor Callaghan, ¿puede decirme qué le ha pasado?

—No lo sabemos con exactitud, doctor. No ha podido hablar aún.

—Es como si le hubiera pasado una apisonadora por encima —dijo el doctor.

* * *

—Papá, ¿cómo te encuentras? Hoy tienes un buen aspecto.

—Mucho mejor, James —dijo con lentitud—. Pero todavía me queda mucho para poder recuperarme. En el día de ayer me han hecho no sé cuántos análisis y pruebas. Tan sólo un día de reposo y me siento mucho mejor. Aunque el doctor me ha dicho que tengo para dos meses.

En ese momento Filsbury entró en la habitación.

—Buenos días. ¿Cómo te encuentras, Julius?

—No tan bien como tú, pero por lo menos, ya puedo hablar.

—Poco, habla lo menos posible. No quiero que te fatigues lo más mínimo. Has estado dos días en coma y el peligro no ha pasado todavía. ¡Buenos días, James!

—¡Qué hay! Yo ya me iba, doctor, sólo quiero saber qué es lo que ha pasado.

—Según me ha contado tu padre ha sido una caída en el puerto; no recuerda nada más a partir de ese momento. Cree que alguien le llevó en su coche hasta casa y le dejó en la puerta para evitarse complicaciones.

—¿Es eso cierto, papá?

Julius Callaghan asintió con la cabeza. James miró a Filsbury esperando una respuesta satisfactoria.

—¿Usted lo cree?

—No tengo más remedio.

—Está bien. Papá, vendré a verte esta tarde y espero encontrarte mucho mejor. —Gracias, hijo —consiguió decir con un hilo de voz.

Al ir hacia la puerta cogió al médico del brazo y le atrajo hacia sí.

—Me gustaría hablar unos minutos con usted. ¿Es posible, doctor?

—Por supuesto. James. Ven a mi despacho.

Atravesaron una serie de pasillos y llegaron hasta una puerta cuyo rótulo decía «DOCTOR FILSBURY». Hizo una seña a James para que entrase primero.

—Siéntate, por favor.

—Doctor. ¿Usted cree la historia de mi padre?

—¿Por qué piensas que es una historia?

—No se lo podría decir. Pero, en primer lugar, me parece un tanto raro y en segundo, permítame que aunque no entienda mucho de medicina, me atreva a decirle que a simple vista, no me parecen golpes producidos por una caída.

—A mí tampoco.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué quieres que yo haga? Tu padre es amigo mío desde niño. Ha tenido… digamos un accidente. Me lo cuenta a su manera y se

niega a darme otro tipo de explicaciones. ¿Qué más crees que puedo hacer? ¿Obligarle a que confiese la verdad? Lo siento. Soy su amigo. Sé que me está engañando, pero por la razón que sea no quiere decir lo que realmente le ha pasado. Yo me limito a curarle y a intentar que se recupere lo antes posible.

—Deberíamos llamar a la policía.

—Yo no metería a la policía en esto. Y mucho menos sin el consentimiento de tu padre. Es probable que en lugar de hacerle un favor, le perjudiquemos. No lo sé, pero yo en tu caso no lo haría. Y te diré aún más. Tu padre me ha pedido que me crea su versión y eso es lo que voy a hacer. Por otro lado no le conviene, en su estado, ningún tipo de alteración. Podrás hablar con él más adelante, cuando se recupere.

—De acuerdo, doctor, usted gana.

* * *

Aquella mañana se levantó temprano. Estaba dispuesto a ir al pequeño puerto del Támesis, cuyas aguas se unían a las del mar del Norte, donde su padre tenía el yate. No iba a avisar a la policía, pero como las explicaciones paternas no habían sido convincentes, decidió por sí mismo intentar descubrir qué era lo que su padre se traía entre manos. Lo mejor era acercarse hasta el punto de salida de sus frecuentes viajes.

Una oscura neblina cubría la ciudad, pero no amenazaba tormenta. Los muelles estaban repletos de barcos de todos los tamaños. En el número tres descansaba el magnífico yate de su padre.

Sam Wolf limpiaba la cubierta del barco y le vio desde lejos.

—¿Qué tal, James? ¡Cuánto tiempo sin verte, chico! ¿Cómo te va con el golf? ¿Te estás preparando ya para el campeonato?

—¡Sam, muchacho! ¡Cuánto tiempo, es verdad! Sí, sí, me preparo para el campeonato. Y a ti, ¿cómo te va con mi padre? ¿Te hace trabajar mucho?

—¡Qué va! Nos llevamos muy bien. Aquí soy el dueño y señor. A propósito, me he enterado de lo de su accidente. ¿Cómo sigue?

—Se va recuperando poco a poco; aún le queda para un mes. Pero esperamos que no tenga ninguna complicación y pronto pueda volver al mar. Últimamente salís mucho, ¿verdad?

—Sí. Tu padre está muy interesado en los viajes. Buena cosa, ¿no?, para una persona de su edad.

—Tienes razón, pero hay algo que no acierto a comprender y es precisamente ese interés o afición, o llámalo como quieras, tan repentina. Porque esta pasión es de hace poco tiempo, ¿no es así?

—No tienes por qué preocuparte —dijo en tono dudoso.

—¿Lo crees de verdad? Sam, somos amigos desde niños y yo creo

que nos tenemos bastante aprecio aunque nuestras vidas hayan corrido por distintos derroteros. Me gustaría que me dijeras si hay algo por lo que tendría que inquietarme.

—En absoluto. James. —Pero su voz sonó falsa.

James se quedó esperando una respuesta. Pasados unos segundos de silencio volvió a hablar.

—Te pido, Sam, en nombre de la amistad que tenemos desde hace tantos años, que me digas si hay algún motivo de preocupación en la actuación de mi padre. En una palabra, Sam. ¿Mi padre se comporta de una forma extraña desde hace algún tiempo?

Sam permaneció callado. Miró a su alrededor y dijo:

—Entra en el yate, por favor.

James se quitó los zapatos y los dejó a la entrada. La célula fotoeléctrica abrió automáticamente la puerta.

—¿Quieres tomar algo?

—Gracias, Sam. Aunque es un poco pronto, ponme un martini seco. Sin aceituna, por favor. Estás preocupado, ¿verdad? —le preguntó a continuación.

—Si. Desde hace unos tres meses salimos muy a menudo. El paso de Calais lo frecuentamos mucho. Pero no es eso lo que me preocupa. He podido comprobar, sin temor a equivocarme, que en el barco entra alguien que no somos ni los de la tripulación, ni tu padre, por supuesto. Al principio, francamente, pensé que era él, que venía para alguna cuestión amorosa. Varias veces le pregunté si había bebido ginebra, o si había fumado una nueva marca de habanos, porque encontré, en distintas ocasiones, restos de este tipo. En todas las ocasiones su respuesta fue negativa. Y era sincero. En primer lugar no tenía por qué sospechar lo que yo andaba buscando y en segundo, no tenía por qué mentir en una estupidez como haber cambiado la marca de cerveza, ginebra o puros.

»Pensé entonces que había algo más. Indagué en la tripulación y pude observar que ninguno de ellos se hubiera atrevido, aun teniendo la posibilidad de entrar, a dejar los restos, bueno, primero a beber y fumar la reserva de míster Callaghan.

»Observé entonces, atentamente, todos los movimientos de tu padre. Te juro que sin ánimo de espiarle, simplemente para intentar descubrir el misterio.

»Le seguí un día y vi que llamaba desde una cabina, en lugar de hacerlo desde el barco; nunca nos dice, cuando salimos al mar, hacia dónde vamos hasta última hora, y por último, lo más grave. —Aquí Sam hizo una pausa—. Como te digo, estaba ya convencido de que en el barco entraba alguien que no éramos nosotros. Por tanto, tenía que ser alguien de fuera. Y, o bien era un ladrón, cosa extraña puesto que nunca

ha faltado nada, o bien tenía una llave. Una llave que alguien le ha tenido que dar. Y volví a hacer las mismas deducciones que al principio. He llegado a la conclusión de que el único que ha podido dar esa llave es tu padre. Pero no me he atrevido a preguntárselo a raíz de mis descubrimientos.

—¿Qué descubrimiento?

—Verás. Tu padre quiere que yo controle siempre las limpiezas y los arreglos generales del yate. La semana pasada tuvimos una limpieza general a fondo.

Calló por unos momentos.

—No sé si hago bien en decirte esto. Es probable que así complique más las cosas. Yo… —continuó Sam.

—¡Basta! Haces perfectamente bien en decírmelo y no vas a estropear nada. En principio porque todavía no me has dicho nada. Sigue, por favor.

—Bueno, pues hicimos esa limpieza general y al llegar al camarote principal, al de tu padre, yo estuve dirigiendo el trabajo personalmente y haciendo lo más delicado. Cuando limpiaba la pared y retiraba todos los cuadros, llegué hasta la caja fuerte. Pasé de largo y paré en un candelabro, el que compró en Egipto, ¿recuerdas? Le tiene un gran cariño.

James asintió con la cabeza,

—Al ir a quitarlo, noté que cedía algo en la pared. Hábilmente camuflado había bajo la madera un pequeño tirador. Hice lo que tú mismo hubieras hecho: mirar. Hay una pared camuflada. Nunca la había visto y es probable que lleve poco tiempo hecha o que antes, cuando las paredes estaban enteladas, me hubiera pasado desapercibida, porque no es la primera vez que ando por allí.

—Yo nunca he tenido conocimiento de esa puerta. Ahora mismo no la sitúo en el camarote de tu padre.

—Claro. Ya te digo que está perfectamente camuflada. ¿Quieres que vayamos a verla? Pero… aún hay algo más.

—¿Que aún hay algo más? ¿Algo más, dónde? ¿En la puerta?

—Es mejor que me acompañes y lo compruebes tú mismo.

Dejaron el *hall* y bajaron las escaleras que conducían a las habitaciones. Sam sacó un *passepartout* y abrió la puerta del camarote. Fueron hacia el fondo, derechos al candelabro. Sam levantó éste y allí apareció un minúsculo tirador oculto entre las junturas de la caoba que decoraba aquella parte de la habitación.

—Aquí está. Tira tú, James.

James lo intentó varias veces sin conseguir nada.

—Debes presionar primero hacia dentro y luego sacarlo. La puerta se abre automáticamente —dijo Sam.

Efectivamente, esta vez James consiguió su objetivo. Una pequeña puerta, en la parte baja de la pared, se abrió de golpe.

—¿Y qué es esto?

—Esto es lo que aún te faltaba por ver.

—Sí. ¿Pero qué contiene este paquete?

—A eso ya no puedo contestarte. No los he abierto. Ya he visto tres diferentes, pero no sé lo que hay dentro. Todos iban igualmente embalados. En cajones de madera con la palabra «Frágil». No había señas ni direcciones, ni etiquetas. Nada. Otra cosa que he observado es que son de distintos tamaños.

—Aquí está el quid de la cuestión, Sam. Esto es, estoy seguro, lo que hace que mi padre me parezca extraño desde hace un tiempo. Y ahora pienso, ¿tiene relación la «caída», o sea, el accidente que ha tenido, con esto?

—¿A qué te refieres?

—Sabes que mi padre está en el hospital. También sabes que se ha dicho que el accidente ha sido producido por una caída. Pero yo vi los golpes y demás, tengo otras informaciones que no vienen al caso, lo que me hace pensar que de «caída», nada.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Sam.

—Eso digo yo, ¿qué? Pero ¿no se te ocurre nada? ¿No te salta a primera vista que puede haber una relación en todo esto?

—No sé. Francamente, no lo sé, James. Pero es raro. Muy raro.

—Tenía motivos para estar preocupado —afirmó James.

Capítulo II

—HOLA, tía Margaret, ¿cómo te encuentras? —dijo James al darle un beso.

—Un poco acatarrada y pachucha. ¿Y tú? ¿Y mi campeón?

—Te quejas sin motivo, porque estás guapísima.

—Eres el sobrino más cariñoso que tengo.

—¡Claro! Como que soy el único —rió James.

—¡Y el más sinvergüenza! —rió también tía Margaret—. Bueno, y tu padre, ¿cómo está? —Se encuentra mucho mejor, tía. Ya puedes ir a verle cuando lo desees. A él le gustará. —Puedes decirle, si tú le ves antes, que mañana por la tarde tomaremos el té juntos. Siempre he tenido mucho cariño a Julius, siempre ha sido muy bueno y cariñoso con nosotras. La pobre Louise fue su segunda madre, también le adoraba. Tu padre se ha hecho querer, no sólo con nosotras, sino con todo el mundo. Y tú, afortunadamente, te pareces mucho a él.

—Gracias, tía. Espero que no me pidas nada a continuación de este piropo —volvió a reír.

Dejó pasar un rato y continuó:

—¿Veías mucho a papá últimamente?

—Sí, con relativa frecuencia. Un par de veces vino a visitarme y otras dos lo hice yo. Tú estabas fuera… en Sudáfrica, creo recordar, en un campeonato de golf.

—Exacto. Tienes buena memoria, y ¿encontraste bien a papá?

—Espléndidamente, hijo. Tiene una salud de hierro. Ha sido una fatalidad eso de la caída.

—¿Te contó algo de su vida, de lo que hace, de sus viajes?

—Sí, estuvimos charlando. Ahora creo que sale bastante. Me dijo que empezaba a encontrar una gran satisfacción en el mar. Hasta hace poco no se había dado cuenta de su interés por el agua. Yo, por el contrario, siempre pensé que era de secano.

—Yo también. Pero la gente cambia. En suma, no te contó nada interesante.

—No, James. ¿Por qué lo dices?

—Porque me gusta conocer a mi padre. Y la mejor forma es preguntándotelo a ti, que siempre has sido su confidente, ¿no es cierto?

—Estás preocupado por su salud, ¿verdad?

—Claro que sí, tía. Eso me hace hablar de él y de su forma de ser a todas horas.

—Lo comprendo, hijo. Pero deja pasar el tiempo, verás cómo se recupera y todo vuelve a ser como antes. Por lo menos eso es lo que yo deseo con todas mis fuerzas.

—Tía Margaret, no me extraña que mi padre sienta adoración por ti. Eres maravillosa. Volveré a verte pronto y le diré a papá que irás a verle mañana.

—Eres un zalamero. Gracias, James, y no te preocupes. Todo irá bien. Tu padre es muy fuerte. Siempre lo ha sido. Y todavía es muy joven.

—Adiós, tía Margaret. Hasta muy pronto.

James salió decepcionado. Empezaba a creer que nadie sabía nada acerca de las actividades de su padre. Pero no estaba dispuesto a dejarse vencer tan pronto.

Mentalmente fabricó una lista de nombres a los que podía ir a ver, para intentar sacar algo en limpio. Volvería al puerto y preguntaría a otros marineros. Quizá se habían cruzado con él en otro puerto. También visitaría a Glenda Lamartine, famosa actriz, retirada ya, muy amiga de su padre. También a ella, en los momentos peores, le contaba sus secretos. Y cómo no, a Nicholas Biggest, padre de Laura, su más íntimo amigo, que en su juventud fue por dos veces campeón de Europa en la copa Davis.

* * *

—¡Hola, James! Llevas un tiempo que no te acuerdas de nosotros. Hace por lo menos dos semanas que no vienes a casa.

—Usted, Nicholas, mejor que nadie sabe cómo deben tomarse los entrenamientos. Es imprescindible la concentración y la sistematización de todo lo que se hace. Por otra parte, ha sido Laura la que venía a recogerme. En este sentido nuestra generación ha avanzado mucho más que la suya. Hubiera sido impensable que su novia fuera a buscarle.

—Tienes razón. Nunca se entrena lo suficiente y es mejor olvidarse de todo y centrarse únicamente en el deporte si se quiere conseguir buenos frutos. Te encuentro más delgado. ¿Comes poco?

—Creo que suficiente. Desde luego, por mi parte quedo satisfecho con las comidas, pero las grasas, alcohol, excesivo azúcar y legumbres, están fuera de mi alcance. Es una buena contribución para mantenerme en forma.

—Yo, en mis tiempos, también llevaba un régimen bastante estricto. ¿Te habrán recomendado un poco de natación, verdad?

—Por supuesto. Todos los días hago una hora.

—Es fantástico para los músculos. Bueno, ¿y cómo es que hoy has caído por aquí?

—He decidido que un rato de descanso tampoco me haría ningún mal. Y, además, hoy quería ser yo quien esperara a Laura. Vamos a comer fuera y por la tarde queríamos acercarnos a Rochester. Me han ofrecido una casita preciosa y a un buen precio, y es probable que decida comprarla. Es una granja antigua del siglo XVIII. Una auténtica maravilla.

—NO vengáis muy tarde. A ti te conviene descansar.

—No. Vendremos entre las siete o las ocho.

—Y tu padre, ¿cómo sigue?

—En franca recuperación. Pero hemos estado bastante preocupados. Pudo haber tenido serias complicaciones. No es ningún niño.

—No me digas que es viejo. Está hecho un chaval. Ya quisiera yo encontrarme como él. Tan sólo llevo dos años y parece mucho más joven que yo.

—Bueno, es cierto. Él siempre se ha conservado muy bien. Pero esto le ha afectado bastante, últimamente parecía algo cansado. No sé si será a causa de los frecuentes viajes que realiza, pero…

—¿Viajes?

—Sí. Hace algún tiempo que sale bastante con el yate.

—¡Ah! Bueno, chiquilladas de la edad. Pero eso le sirve de distracción más que de cansancio, ¿no crees?

—No sé qué decirle. Es posible que le siente bien.

—¡Claro, James! Si no, no saldría. Lo que hace falta es que se recupere pronto y vuelva a casa. En el hospital, por muy bien que te traten y por muy cómodo que estés, nunca es como en tu propia casa.

—Eso desde luego.

Un ruido de pasos les hizo mirar hacia la puerta. Laura apareció en la salita.

—No te he oído llegar —dijo James extrañado—. Te vi cuando estabas encima.

Su padre se echó a reír.

—Papá sabe por qué no me has oído.

—¿Sí? Pues dímelo a mí también.

—Porque bajo resbalando por la barandilla de la escalera.

—¿A tus años?

—¡Tan sólo tengo veintidós!

—¡Anda! Vámonos si no quieres que te dé unos azotes.

Se despidieron del señor Biggest y salieron riendo a carcajada limpia.

Durante el camino, James pensó que no iba a sacar nada en claro con el método que empleaba. Si su padre estaba haciendo algo que no debía,

no era fácil que se lo hubiera comentado a ninguno de sus amigos.

* * *

Habían quedado citados a las diez de la mañana.

Necesitaba un par de días de reposo o se volvería loco. Laura comprendía perfectamente. Por eso le había propuesto aquella partida de *squash*. Era un juego que recomponía un estado de *stress* en poco tiempo.

Durante la semana había estado muy nervioso y ella se había dado cuenta. Era una mujer lo suficientemente inteligente como para no importunarle y además conseguir, en el tiempo que estaban juntos, que se sintiera mejor.

John le había preparado el baño a la temperatura precisa. Eran ya las nueve y tenía que darse prisa si quería llegar a tiempo.

Durante diez minutos se mantuvo con los ojos cerrados dentro de la bañera. El hilo musical le ayudó a adormecerse. Tenía falta de sueño porque desde algunos días atrás no descansaba bien durante la noche.

Sonó el teléfono interior. John le avisó de que eran las nueve y cuarto. Un minuto más y le hubiera pillado completamente dormido.

Pasó al dormitorio. John le tenía preparada la ropa. Pantalón gris de franela, camisa azul cielo y blazier.

Se vistió en poco tiempo. Volvió nuevamente al enorme cuarto de baño. Se perfumó y peinó hacia atrás su pelo ligeramente ondulado. Se calzó unos zapatos de tafilete negros, relucientes como el sol. «John es una joya», pensó.

Bajó lentamente las escaleras. Por primera vez desde que su padre faltaba de casa, le echó de menos. Cuando estaba, todo el mundo giraba a su alrededor y una especie de alegría reinaba en los salones.

Mary Jane pasó hacia la cocina con una cesta de uvas. James la paró y cogió un racimo. Estaban deliciosas, recién cortadas.

—Podéis hacer un pudding para esta noche.

—Muy bien, señorito, como guste. Se lo diré al cocinero.

—Y dile también a Jeff que prepare unas codornices para mañana. Es buena época para tomarlas escabechadas.

—De acuerdo, se lo diré.

Tenía preparado el coche a la puerta. John lo había mandado limpiar. Enfiló la pequeña carretera interior hacia la verja. Eran ya las diez menos cuarto y Laura estaría preparada. Era una chica muy puntual.

—¿Te parece que nos acerquemos al Club Madison para jugar una partida?

—Como quieras —dijo James—, pero creo que no me he traído la tarjeta.

—No importa, no creo que sean tan groseros como para pedirla. Nos conocen sobradamente.

—Sí, pero ya sabes que son las normas de la casa y no les gusta hacer excepciones.

—Yo prefiero ir allí. Es un sitio agradable y las habitaciones de *squash* están puestas muy lindas.

—Está bien. Yo no tengo ningún inconveniente. Y si hay problemas para entrar, buscaremos otro sitio. ¿Qué te parece si nos quedamos a comer allí mismo? Podíamos encargar la comida para que estuviera preparada cuando terminásemos la partida y saliéramos de la sauna.

—Me parece una idea fantástica. Eso te ayudará a tranquilizarte. Llevas una semana muy agitada, cariño, y precisamente el no saber qué es lo que te pasa.

—Por hoy no quiero que pienses en nada. Vamos a divertirnos un poco y charlar de nuestros asuntos, porque creo que ya es hora.

—¿Y cuáles son nuestros asuntos?

—Llevamos algo así como cuatro años de noviazgo. Empiezo a estar harta.

—Oye, oye, tú vas muy deprisa. Tengo la impresión de que quieres convertirme en un pez.

—¿En un pez? Tú estás loco.

—Bueno, o lo que es lo mismo, que quieres pescarme.

—Yo creía que te había pescado ya —y le lanzó una sonrisa burlona.

—¿No crees que es muy pronto para casarnos?

—Quizá. Bueno, es mejor que dejemos el tema. Me da la impresión de que no te hace demasiada gracia hablar de él. Todos sois iguales.

—Simplemente parecidos.

—Ya. Veremos tu cacareada forma física. Espero ganarte la partida de *squash*.

—No sería nada extraño. Tú juegas muy a menudo y yo no.

—Y haces bien. Lo tuyo son los entrenamientos de golf, que por cierto esta semana pasada has tenido bastante abandonados según me ha dicho Walter. No está muy contento contigo en los últimos días. No debes olvidar que no queda mucho tiempo para el Suntory World Match Play.

—Y no lo olvido. Estos días forman parte ya del pasado. Te aseguro que no se volverán a repetir. Tengo que reconocer que tú eres mi mejor sedante.

—Déjate de lindezas y prepárate a recibir la mayor paliza de tu vida.

—Eso lo veremos.

Cuando Laura pronunció esas palabras nunca pensó que se cumplirían.

* * *

—Señorita Biggest, señor Callaghan, pasen por aquí, por favor. Les hemos reservado la sala verde. Es la que prefiere la señorita, ¿no es así?

—Gracias. Casi siempre gano con ese color.

Entraron en la número tres. La sala de *squash* era rectangular, con una franja blanca alrededor del suelo. El juego consistía en golpear con las palas una pelota cuyo bote tenía que rebasar obligatoriamente la raya por encima. Si botaba por debajo era falta. Era parecido al juego del frontón español, con la particularidad de que cualquiera de las paredes era válida.

A mitad de la partida, Laura estaba algo cansada. Desde luego, la resistencia de James era envidiable. Estaba como al principio, a pesar de la hora de juego.

Ensimismados en el juego no percibieron el ruido del pestillo al abrir la puerta.

—¿El señor Callaghan?

—Yo mismo. ¿Qué desean?

Sin mediar palabra cerraron la puerta. Los dos hombres se situaron frente a James, que permaneció en el mismo sitio. Laura retrocedió y se colocó a su altura.

—Les repito una vez más. ¿Qué desean, señores?

—Señor Callaghan —habló el más alto, que vestía gabardina y pantalón marrón oscuro—, vamos a advertirle que debe usted dejar de hacer preguntas. De lo contrario nos veremos obligados a utilizar otros medios disuasorios para que obedezca. Se está metiendo en un terreno movedizo que no le incumbe en absoluto y, por el contrario, puede acarrear graves consecuencias.

—¿Quiénes son ustedes? Creo que es lo primero que deben decirme.

—Nuestra identidad no tiene ninguna importancia, ni nuestros nombres, ni quien nos envía. Lo único que le importa es seguir nuestro consejo, si quiere llegar sano y salvo al campeonato de golf. Sería una lástima que se rompiera usted una pierna, o un brazo…

—O la cabeza —dijo el otro.

—Y —prosiguió el primero—no pudiera competir.

Laura observaba fijamente la escena y el rostro de los dos interlocutores. El más alto tenía los ojos redondos y oscuros, la nariz aguileña y el labio superior muy fino. El pelo castaño completaba un aspecto tremendamente vulgar.

Su compañero tenía un rictus muy desagradable en la nariz y el

labio. Sus ojos claros le daban frialdad al rostro. Una pequeña barba de sátrapa y un poblado bigote negro recordaron a Laura su visita a Egipto.

—Les rogaría encarecidamente que salieran de aquí y nos dejaran terminar la partida. Si no lo hacen, me veré obligado a llamar al vigilante.

—Parece usted muy temeroso —dijo el de la barba y bigote—y un tanto cobardica. «Me veré obligado a llamar al vigilante» —remedó—. ¿Es que no sabe echarnos usted solo?

En un irritado tono de voz, James repitió:

—¡Salgan inmediatamente de aquí!

Uno de los dos, no se fijó bien en cuál, respondió:

—Nos marcharemos cuando nos dé la gana, y si no, pruebe a echarnos usted mismo.

—¡No! —dijo Laura—. ¡No lo hagas, James! Eso es lo que quieren, desde el primer momento te están provocando para buscar pelea. ¡Llama al vigilante y que los eche!

—¡Mira la gatita cómo defiende a su corderito! —provocó el del rictus.

—¡Fuera de aquí! —gritó Laura.

Al mismo tiempo que Laura hablaba, James dio un paso adelante. También se adelantó uno de los matones, el más alto, y le lanzó un directo a la mandíbula. James esquivó el golpe. El otro atacante fue directo hacia Laura. El chico trató de impedirle el paso y su oponente aprovechó la circunstancia para asestarle un tremendo puñetazo en el estómago. James se dobló de dolor. La fuerza del puño y su propio impulso de echarse hacia adelante habían conseguido un impacto tremendo.

Laura se protegió en un rincón de la habitación, mientras que su novio respondía al golpe. Los dos hombres se aproximaron a él.

Súbitamente James se incorporó y agarró el cuello a uno de sus contrincantes. La sorpresa consiguió pillarle con la guardia baja. Pero el otro comenzó a asestarle patadas en la espalda y en los riñones.

En esos momentos, ninguno de los tres recordaba a la chica. Pero ella, sigilosamente, se quitó uno de sus zapatos y se acercó al «egipcio» por detrás. Tres o cuatro fuertes golpes en la cabeza cumplieron su cometido, porque al poco tiempo el hombre se desvaneció en el suelo. No había que despreciar la fuerza de Laura.

Mientras tanto, James se batía con el otro. Le tenía casi derrotado cuando, de repente, sacó una pistola del bolsillo de la gabardina.

—¡Quietos todos! Se terminó el juego, James. Porque no pensarás dejarme fuera de combate. Lo tuyo es el golf, muchacho, de ningún modo el boxeo.

El sátrapa se ponía en pie a duras penas y su compañero siguió

hablando para darle tiempo a recuperarse.

—Nosotros nos divertimos mucho. Todos los días practicamos con alguien. Es nuestro trabajo. Pero hoy hemos terminado antes de lo previsto. No eres un contrincante a tener en cuenta.

—¡Cerdo! —dijo James—. ¡Con una pistola! ¡Ven a pelear con los puños!

—Nada de eso. Me duelen.

En ese momento, James se abalanzó sobre él. No se había fijado en el otro, que ya estaba recuperado. Le cogió por la espalda. Laura le avisó demasiado tarde.

Fue visto y no visto. Un tremendo golpe en la nuca con la culata de la pistola puso fin a todo. James cayó abatido. Laura dio un grito de terror.

—Y tú, gatita —dijo—, mantén la boca cerrada si no quieres más complicaciones. Dile a tu chico que esta vez ha salido bien parado, dentro de lo que cabe, la próxima no lo contará. Te lo aseguro.

—Salgan de aquí, canallas. ¡Salgan! —Y con el dedo índice señaló la puerta.

Los dos hombres se arreglaron la ropa y salieron de la habitación.

Laura estaba desolada. Las palas reposaban en el suelo, en un rincón de la sala al que ella no pudo llegar. Habrían sido una buena defensa y habrían evitado así, posiblemente, el tremendo culatazo que recibió James.

Se arrodilló junto a él y escuchó su respiración. Le pasó un brazo por debajo del cuello para que se encontrase más cómoda. Por un momento pensó en avisar al vigilante, pero decidió que era mejor que el asunto no trascendiera.

Optó por esperar a que James recobrase el conocimiento. Su respiración empezaba a ser jadeante y eso significaba que no tardaría mucho en regresar al mundo de los vivos.

Pasaron unos minutos. Laura acariciaba la frente de su novio. Le atrajo hacia sí con cariño y le volvió a rozar la frente. Abrió los ojos poco a poco. Con la mirada un tanto perdida, James buscó el rostro conocido. Cerró nuevamente los ojos para hacer desaparecer la nube que enturbiaba su vista.

Al abrirlos nuevamente vio con claridad a Laura. Intentó esgrimir una sonrisa que sólo consiguió a medias. Sus labios musitaron unas palabras.

—Despacio, cariño. Tranquilízate primero. Ya ha pasado todo. Recibiste un golpe fortísimo en la cabeza. ¿Te encuentras mejor?

—Sí… no… todavía… la cabeza me da vueltas…

—No te preocupes, pronto pasará. Luego iremos al médico para que te reconozca.

—No digas… nada a… nadie…

—No te preocupes, no he dicho nada. Ni siquiera he salido de la habitación Pensé lo mismo que tú.

James trató de levantarse y quedó sentado en el suelo durante unos segundos. La cabeza le daba vueltas aún y no quiso ponerse en pie por temor a perder el equilibrio. Laura le sujetaba cómo podía.

—Dentro de poco te pasará. El color está volviendo a tus mejillas. Antes estabas muy pálido.

—El golpe ha sido muy fuerte. Cuando lo recibí, creí que me había roto algo. Ya no recuerdo más.

—Caíste fulminado. Son unos bestias. ¿Por qué habrán hecho esto?

—Ya hablaremos de ello en otro momento —dijo James bastante recuperado Finalmente, en un alarde de valor, se puso en pie. Se tambaleó levemente, pero pronto se mantuvo erguido sin ayuda. Su naturaleza joven había respondido con rapidez. El golpe hubiera podido matarle.

—Me encuentro mucho mejor. Gracias, Laura. Te has portado con mucha valentía, no pensé que llegaras a atacarles. No te creía tan decidida.

—¿Crees que puedes salir ya sin llamar la atención?

—Sí. De todas formas, voy a ir al botiquín y diré que he sufrido una caída, Así me podré dar un poco de alcohol en la cabeza. Me hará bien. Después podemos continuar la jornada como si no hubiera pasado nada. Comemos aquí y luego ya veremos.

—Estoy de acuerdo. Pero creo que no deberías pasar por la sauna. Quizá el excesivo calor no te haga ningún bien. Mira, mejor te acompaño al botiquín, veo la herida y te doy un poco de alcohol y agua oxigenada, por si acaso. Te duchas rápidamente y, mientras, yo aviso para que tengan la mesa y la comida preparada. Y pido dos martinis.

—Eres fenomenal, Laura.

—Claro, no podría salir contigo si no lo fuera. Pero te diré que hay una cosa que no me gusta de ti.

—¿Y qué es lo que no te gusta de mí?

—Bueno, mejor dicho, de tu familia.

—¿De mi familia? ¿A estas alturas hay algo que no te gusta de mi familia?

—Pues sí. «Os caéis» muy a menudo.

* * *

—¿Qué tal, papá? Vengo de hablar con el doctor y me ha dicho que muy pronto podrás volver a casa. ¿Lo sabías?

—Sí. Vino a verme hace un rato y me lo ha dicho. Tengo muchas ganas de volver.

—¿Vino a verte tía Margaret?

—Sí. Estuvo muy cariñosa conmigo. Como siempre. Ha sido una mujer adorable. Y lo es. Tuvo mala suerte con aquella decepción amorosa. El primer hombre de su vida y estaba casado. Hubiera hecho feliz a cualquiera. Pero no se volvió a enamorar nunca. ¡Pobre! Deseo lo mejor para ella y creo que está muy sola. —Quizá lo prefiera así.

—Es posible. Bueno, ¿y qué te ha pasado ayer jugando al *squash*? Me llamó Armstrong, el presidente del Madison, y me dijo que te habías caído jugando con Laura.

—Sí. Yo también «me caí», papá —dijo con sorna—. Y respecto a tu «caída», me gustaría que hablásemos de ella.

—No creo que haya nada que decir, hijo mío. Todo está claro.

—Nada de eso, padre —dijo James con seriedad—. Aquí no hay nada claro.

—No sé qué es lo que pretendes, pero no hay nada que aclarar.

—Eso es lo que tú crees. En primer lugar te diré que ahora estoy completamente convencido de que tu «caída» ha sido como la mía. Y es posible que te hayan ayudado a «caer» los mismos sinvergüenzas que a mí.

—Pero, ¿qué estás diciendo?

—Digo que yo no me he caído en el Madison jugando al *squash*. Fueron dos tipos, que entraron en nuestra sala de juego, me imagino que después de habernos seguido a Laura y a mí, y me dieron una soberana paliza con culatazo incluido como fin de fiesta. Y no sé por qué tengo la impresión de que probablemente ellos también te golpearon a ti. Quiero, de una vez por todas, que me aclares todo esto.

—Mira… hijo… de verdad… no hay nada que aclarar —dijo ya con poca convicción. —Papá, no puedo consentir que… estés poniendo tu vida en peligro y… y probablemente la mía.

—Hijo mío… —dijo ya derrotado Julius Callaghan—. Verás, no sé cómo empezar.

—Déjame que te ayude. Todo eso está relacionado con el yate, con tus viajes y con una puerta de tu camarote que tiene paquetes dentro, ¿no es así?

—Sí, hijo mío, así es. Hace algunos meses me llamaron por teléfono y me dieron una cita urgente, de parte de mi marchante de cuadros, para que acudiese en relación al Rubens. Ese Rubens era robado. Bueno, robado en parte, porque yo pagué la suma que pedían y el vendedor estuvo de acuerdo, pero ellos se las han arreglado para extorsionarnos a los dos y guardar ciertos papeles que me comprometían como comprador de cuadros robados. Por eso y por otras razones…

—¿Qué razones, papá? Quiero que me lo cuentes todo. Estamos en peligro, ¿no lo comprendes?

—Me amenazaron con sacar a la luz nuevamente unos líos en relación con la herencia de mis padres. Aunque no es grave y se podría replicar fácilmente, eso me perjudicaría gravemente, añadido al asunto del cuadro. Y luego estás tú, hijo, tu carrera, espléndida carrera, que por nada del mundo yo querría ver truncada.

—¿Por eso te pliegas a sus deseos?

—Así es. Esos paquetes, son cuadros.

—¿Tú transportas cuadros?

—Sí. Ellos los colocan en la puerta camuflada y por teléfono me dan las instrucciones de dónde tengo que ir y entregarlos.

—O sea, ¿que traficas con obras de arte, papá?

—Dicho vulgarmente, así es.

—Pero, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo? ¿No piensas que puedes tener problemas con la policía en cualquier momento? Y eso sería mucho peor.

—No tengo porqué tener ningún problema. Hasta ahora no he tenido ninguno.

—Eso es. Hasta ahora. ¿Y quién te garantiza a ti que va a seguir siempre igual? Te tienen en sus manos y te pueden denunciar ellos mismos cuando les interese, ¿comprendes?

—¿Y por qué me van denunciar? Ellos me necesitan.

—Ellos te necesitan a ti o a otro cualquiera. Les da lo mismo que seas tú o yo. Y cuando no te puedan utilizar, te jugarán alguna mala pasada. ¿Sabes quiénes son?

—No, no les he visto nunca. Tan sólo la primera vez me reuní con un tipo holandés y nunca más he vuelto a verle, ni a hablar por teléfono. Ellos lo arreglan con llamadas, nunca en persona. No sé quiénes son. Te lo juro, no tengo la menor idea. ¿Me crees?

—Claro que te creo, papá. Pero todo eso debías de haberlo dicho antes.

—Quería evitarte disgustos y complicaciones. Siento que lo hayas descubierto. Lo más importante para ti ahora son los entrenamientos para el Watch Play No debes ocuparte de nada más.

—Lo siento, pero no va a poder ser. No dejaré ni un solo entrenamiento, pero el tiempo libre lo voy a dedicar a desentrañar esta madeja. No puedes estar así toda la vida. Y yo tampoco. Me amenazaron con tener problemas con el campeonato.

—¿Es cierto eso? Son unos canallas.

—Por eso no podemos olvidar ese asunto, papá. Ahora me tengo que marchar. Seguiremos hablando de esto cuando estés en casa. ¿Te parece?

—Está bien, James. Espero llegar a casa muy pronto. Dile a John que me vaya preparando la habitación y a Jeff que tenga lista una sopa de avena para cuando llegue.

* * *

—Señorito James, al teléfono.

—Ahora mismo lo cojo, John, un instante.

Dejó la brocha de afeitar encima del lavabo. No utilizaba nunca maquinilla porque luego tenía problemas de piel. Se limpió el resto de jabón con una toalla y con la cara reluciente tomó el aparato.

—¿Quién es?

—Soy yo, cariño. Buenos días. ¿Has dormido bien?

—¡Hola, Laura! Sí. He dormido perfectamente. Me duelen un poco los riñones todavía, pero creo que con un poco de ejercicio se pasará.

—Hoy tienes entrenamiento, ¿no?

—Sí. Y será duro. He perdido algo en los últimos días y Walter está conmigo que trina. No me deja ni a so! ni a sombra. No creo que pueda salir luego. ¿Me llamabas para eso? —Bueno, no exactamente. Ya me figuraba que no podrás salir en unos cuantos días. Sólo quería decirte que esta tarde he quedado con Glenda Lamartina, ¿quieres que le pregunte algo acerca de tu padre?

—No, ya no es necesario, Laura. El asunto está bastante claro para mí. Ya te contaré cuando te vea. Por teléfono…

—Comprendo. De todas formas, si me dice algo interesante, te lo comunicaré enseguida, ¿de acuerdo?

—Está bien. Espero poder tener una hora libre mañana y comentaremos todo este lío. —Me gustaría mucho. Que entrenes bien, querido. Y no te ocupes de nada más.

—Un beso, Laura. Un beso fuerte, muy fuerte.

—Tendrás ocasión de dármelo, no te preocupes.

Cuando Laura colgó, el teléfono, se dispuso a salir. Pensaba almorzar por la mañana con una amiga en Willy's, un agradable y acogedor restaurante decorado al estilo Tudor. Por la tarde vería a Glenda, amiga común de su padre y de míster Callaghan.

Tenía que acostumbrarse a salir sola y a ordenar su vida sin que James estuviese por medio. Él siempre estaba ocupado en entrenamientos y viajes para participar en algún campeonato. Había decidido plantearse su propia vida y su propio trabajo. Desde hacía algún tiempo deseaba regentar una de las tiendas de antigüedades que tenía su padre. Este, coleccionista de arte, al igual que su amigo Julius, poseía una gran fortuna personal, de familia, que aumentó considerablemente con el tiempo por medio de la compra de obras de

arte, fundamentalmente pinturas y esculturas.

En más de una ocasión había sugerido a Laura su aprendizaje en la materia. Ella siguió los consejos de su padre y se había doctorado en Historia del Arte. Fue entonces cuando conoció a James, es decir, cuando se enamoró de James, porque se conocían desde siempre. La amistad de sus respectivos padres era entrañable.

Y al empezar a salir con él dejó de lado su proyecto. Durante un tiempo estuvo casi a disposición de su novio. No por exigencias de éste, sino voluntariamente.

La insatisfacción que esta actitud propia le producía le llevó a cortar de golpe con su anterior forma de noviazgo. Y era ése el primer día que llevaba a la práctica su cambio En breve, se pondría al frente de la mejor tienda de antigüedades de su padre.

Entró en el restaurante. El maître la saludó cortésmente y la hizo pasar al bar para tomar el aperitivo. Tomó asiento en una de las mesas mientras esperaba la llegada de Katy, su amiga.

En el lado opuesto adonde se encontraba, creyó ver una cara conocida. Observó con atención su rostro. ¿Dónde había visto aquella cara? Miró a su acompañante y lo saludó. Era el nuevo secretario de su padre, Kenneth Blake.

Volvió la mirada hacia el otro hombre. Sí… Estaba algo cambiado, pero… ¡Claro! ¡La partida de *squash*! Era uno de los matones que les asaltaron, el más alto. ¿Qué haría allí con el secretario de su padre?

Todas estas dudas inquietaban su cerebro cuando Katy entró.

—¿Qué hay, Laura? Perdóname. Había un atasco terrible en Westminster. Me estaba poniendo histérica dentro del coche. Sabes que soy muy puntual y no me gusta hacer esperar.

—No te preocupes —la cortó Laura—, yo he llegado hace cinco minutos. ¿Qué vas a tomar, Katy?

—Un jerez, para recuperarme. El mal humor me da frío…

Hizo una seña al camarero y pidió la bebida. Siguieron en animada charla hasta que pasaron al comedor, pero Laura en todo el tiempo no pudo olvidar a los dos hombres. No tenía sentido que estuvieran juntos. ¿O sí? Tenía que comunicárselo a James. Sabía perfectamente que era una noticia importante.

La comida se desarrolló tranquilamente. Los platos eran exquisitos, sobre todo el *rosbeef*. Lo hacían como en ninguna otra parte. Tomaron café y se despidieron hasta una nueva cita.

Laura se dirigió al aparcamiento que tenía en el restaurante a disposición de los clientes. Bajó sola en el ascensor y atravesó la nave para recoger su vehículo que estaba en el lado opuesto. Creyó oír unos pasos detrás de sí.

Siguió caminando y esta vez escuchó con más nitidez el ruido. Se

giró, pero no había nadie. Continuó su camino.

Ni tan siquiera tuvo tiempo de ponerse más nerviosa. Dos fuertes brazos la cogieron por detrás. Se sintió adormecer. El pañuelo que le pusieron en la nariz estaba impregnado de éter.

Capítulo III

SE sentía mareada. Abrió poco a poco los ojos, aunque la oscuridad reinaba a su alrededor. Se armó de paciencia y esperó hasta que sus pupilas se acostumbraron a la falta de luz. Tenía ganas de vomitar y un gran cansancio.

Lentamente empezó a vislumbrar las siluetas de los objetos que llenaban la habitación. No pudo saber dónde se encontraba. Ni tan siquiera un rayo de luz penetraba por una rendija.

Se dio cuenta de que estaba tumbada en el suelo, porque sintió frío en los riñones. Trató de incorporarse.

En ese mismo momento se oyó ruido de pasos al otro lado de la puerta. Un rostro conocido apareció ante ella. Era el mismo hombre que hablaba con el secretario de su padre en el restaurante y uno de los que le atacó en la sala de *squash*. Ahora había reconocido perfectamente su rostro.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó con cierta amabilidad.

Laura no respondió.

—Aquí tiene un poco de comida y café caliente. Debe tomarlo —prosiguió él.

—¿Dónde estoy? —interrogó Laura.

—Como usted misma comprenderá, no puedo decírselo.

—Salga de aquí y déjeme tranquila.

—Como guste.

Giró sobre sus pasos y salió de la habitación. La oscuridad volvió a reinar.

* * *

La mañana del domingo se presentaba muy nublada. James se colocó un chubasquero y unas botas de agua, iba al muelle porque quería volver a hablar con Sam. Probablemente habría recordado alguna cosa de interés después de la conversación que mantuvieran la última vez.

También aprovecharía para dar un paseo por la costa. Su intención era llegar hasta Dover. Tenía todo el día por delante y si era necesario se tomaría también el lunes. Prefería, ante todo, tranquilizar sus nervios. Laura le había llamado para ponerle al corriente del contacto que iba a

tener con Glenda y sin saber por qué no había dado todavía señales de vida Pensó que era una chica muy informal y en aquella ocasión se había portado como una estúpida. Ella misma le dijo que le llamaría y lo más probable era que lo hubiera olvidado. No esperaba una cosa así, Sabía lo preocupado que estaba por el asunto y le dejaba en la estacada.

Dejó de lado las disquisiciones sobre el carácter de Laura y tomó la carretera hacia Londres.

Estacionó el coche en un aparcamiento subterráneo y caminó hacia los muelles a pie. Un olor a humedad le llenó los pulmones. Era un día ideal para el mar.

Sam estaba sentado en cubierta. Cuando le vio acercarse fue a su encuentro.

—¡Hola, James! ¿Otra vez por aquí? En una semana has venido más veces que en los últimos tres años.

—Eso demuestra que estoy verdaderamente preocupado. ¿Todo bien?

—Sí. No ha habido ningún problema.

—¿No ha venido gente extraña? ¿No ha pasado nada?

—Nada, James. La calma es absoluta.

—Eso no presagia nada bueno.

—Puede ser, pero yo lo prefiero.

—Oye, he estado pensando en todo ese asunto. En nuestra conversación, en los paquetes… ¿Adónde os dirigíais para entregar los paquetes?

—Depende. Últimamente atravesamos el paso de Calais y llegamos hasta el Havre. En una ocasión paramos en Cayeux-sur-Mer, de camino hacia el puerto francés. Pero no hemos vuelto. En El Havre creo que tu padre tenía que dejar un paquete en una estafeta de correos.

—¿Por qué lo crees?

—Vi una vez sobre su mesa un papel con la dirección y el número de una estafeta en el Havre. Posteriormente supuse que era allí donde dejaba los paquetes.

—¿Cuál era el número?

—El cinco.

—Prepara el barco. Nos vamos a El Havre.

—¡Pero, James!

—No pienso discutir contigo. En un cuarto de hora estoy aquí. Voy a avisar a casa. De paso compraré algunas provisiones en el supermercado. ¿Hay whisky?

—Nunca falta. Tenemos dos cajas. Pero tráete comida en abundancia. Necesito tener el estómago lleno cuando viajo.

—Está bien. Ya veo que sigues con el mismo apetito de siempre.

Compró pollo asado y algunos fiambres, arenques y pastas de té. Con eso aguantarían, en el peor de los casos, un par de días. Avisó a John que no iría a comer. Prefirió no darle explicaciones adelantadas. Si tenía que pasar la noche de viaje, sería el momento de volver a llamar. Su padre llegaría de la casa de campo el lunes o el martes. En el último momento decidió irse allí dos o tres días, a su salida del hospital. No quiso decir adónde iba para que, en caso de que su padre preguntase por él, no tuviera respuesta. Cuanto menos supieran, mejor.

Regresó al yate cuando todo estaba a punto para zarpar.

* * *

Una suave brisa mecía el barco sobre las aguas del mar del Norte. Doblaron el cabo North Foreland y se internaron en el Paso de Calais, de tráfico concurrido por la cantidad de pesqueros que suben hacia el mar del Norte o bajan al Canal de la Mancha.

Buques en busca del arenque y la sardina pululaban sin cesar por el estrecho.

Llegaron pronto a Dover. A treinta y siete kilómetros de distancia tenían las costas de Francia, frente a Calais. Sam sintió el estómago vacío y propuso comer algo.

Entre los dos prepararon una sopa caliente, pollo asado y ensalada de apio. Un café caliente y una copa de coñac le entonó el cuerpo.

Continuaron su marcha hacia el puerto de El Havre.

—Siempre he sentido una especial atracción por nuestros vecinos, los franceses. Las ciudadanas de la costa son preciosas.

—No digamos París —comentó Sam.

—Por supuesto. Pero es distinto.

—El Havre, por ejemplo, fue fundado en el siglo XVI y se conservan aún edificaciones, aunque restauradas, de la época. Era uno de los tres puertos más importantes de Francia. Hoy sirve de depósito y almacenaje a los comerciantes y no es raro que el tráfico ilegal encuentre en él un aliciente. Las mercancías se libran a medida que hacen los pedidos, por lo que es fácil camuflar todo tipo de artículo.

—Por ejemplo, los paquetes de tu padre.

—Exacto. ¿Cómo lo has adivinado?

—Porque soy muy perspicaz —rió Sam.

Los pesqueros seguían cruzándose en su camino. Hacía tiempo que James no realizaba esta travesía y podía decirse que estaba incluso emocionado.

—Hace muchos años que no vengo por aquí. Recuerdo cuando era niño y venía con mi madre a visitar a unos parientes que tenía en Boulogne. Eran comerciantes de tejidos y recuerdo que volvíamos

siempre repletos de telas para cortinas y mantas y colchas para mi cama y las de mis tías. Mamá se llevó siempre muy bien con las hermanas de mi padre. También recuerdo unos preciosos encajes que le traían desde Calais, donde los hacían a mano. Ya entonces costaban muy caros, pero mi madre adoraba las puntillas. Creo que fue una de las razones de más peso por las que sintió que yo fuera un chico. Era una mujer adorable.

—Sentías un gran cariño hacia tu madre —repuso Sam—, porque mi memoria se refresca al oírte hablar de ella y recuerdo también algunas tardes que paseábamos por el jardín de tu casa los dos juntos íbamos los dos de su mano. Ella me trataba con mucha ternura. En aquellos años cubrió en parte el hueco que dejó en mi corazón mi madre al morir. Sabía cómo tratar a un niño en mis circunstancias. Era adorable, tienes razón. Sentí su pérdida como si hubiera sido mi segunda madre.

—Vamos a dejar el tema. ¿Falta mucho para llegar?

—Espera, voy a ver.

* * *

Tocaron El Havre ya anochecido. Prefirieron quedarse a dormir en el yate antes que buscar un hotel. Aquello era como su casa y el hospedaje en el puerto era escaso.

James dejó para la mañana siguiente la visita a la estafeta. Después de una abundante cena, se alojaron en los camarotes plácidamente. El sueño fue reparador.

El día era espléndido. El graznido de las gaviotas despertó a Sam de su letargo. Miró el reloj. Eran las nueve y media.

Se vistió rápidamente después de pasarse un poco de agua por la cara y fue a despertar a su amigo.

—James, despierte, son las nueve y media —dijo tocando en la puerta.

El bostezo fue toda su respuesta. Volvió a golpear y repitió:

—Eres un marinero de agua dulce. ¡Y es muy tarde! Levántate.

El tono de los bostezos fue acorde con los gritos de Sam. Al poco tiempo se oyó:

—Espera, ya voy He tenido pesadillas esta noche.

—No me cuentes cuentos y despiértate. Mientras, voy a preparar un poco de calé. ¿Prefieres los huevos revueltos o al plato?

—Revueltos y con un par de lonchas de beicon. Si hay salsa de tomate, mejor.

Cuando subió las escaleras hacia el comedor, el olor del café recién hecho le abrió el apetito. Cruzó la sala y entró en la cocina.

—Ya estoy aquí. Buenos días, He pasado una noche fatal. He extrañado la cama.

—No digas tonterías, chico. Tiene un colchón estupendo. Es muy blando.

—Por eso mismo. En casa tengo una tabla de madera. Me gusta dormir sobre duro. Ahora comprendo la nochecita.

—¿Duermes cómo los faquires? —dijo, poniéndole la taza de café y el plato con los huevos sobre la mesa—. Aquí tienes la salsa de tomate.

—Me he acostumbrado a dormir así desde que tuve la lesión en la espalda por culpa de aquella caída, ¿recuerdas? Y te aseguro que es mucho mejor la tabla Sam tomaba con avidez el desayuno.

—Chico, tienes hambre a todas horas —le dijo James—. Es muy costoso invitarte a comer.

—No te preocupes. Yo pagaré el almuerzo.

—No sé si vendré a comer. Depende de mis averiguaciones en la estafeta.

—Pero si voy a ir contigo. Comeremos juntos, ¿no?

—De ninguna manera. Voy a ir yo solo. Prefiero que tú te quedes aquí, en el yate. Para cualquier eventualidad, es mucho mejor que estés disponible.

—Ya. ¿Y si surgen problemas?

—Sabré desembarazarme de ellos.

—No estoy de acuerdo con tu decisión, James.

—Te va a dar lo mismo. Conmigo no vienes.

Se limpió la boca con la servilleta y la dejó sobre la mesa. Subió a cubierta y se calzó los mocasines. Dejaban siempre el calzado a la entrada. Miró hacia abajo y gritó a su amigo: —Hasta luego.

No obtuvo respuesta. Sam se había enfadado con él.

* * *

Lo primero que hizo al salir de su barco y cruzarse con un marinero fue preguntarle dónde se encontraba la estafeta de correos. No estaba lejos de allí.

Salió del puerto y atravesó dos callejas. Por la acera de enfrente creyó ver una figura conocida. Él iba en la misma dirección, pero al llegar a la esquina se paró con la intención de asegurarse de que su imaginación no le había jugado una mala pasada.

Ya no había nadie. Miró de frente y vio Correos. Esperó unos minutos para cerciorarse. No llevaba ni tres en la esquina cuando un hombre salió de la estafeta. ¡Era el Egipcio! La misma barba, el mismo bigote y los mismos ojos claros que helaban la sangre.

Se escondió tras la esquina y le dejó pasar. Cuando hubo avanzado unos treinta metros sé puso en marcha. Estaba decidido a seguirle.

Dobló una calle y James se deslizó tras él. Anduvieron unos diez minutos. Bajo un toldo verde con flecos blancos, entró el hombre. James cruzó la acera.

«Hotel de la Paix», decía el letrero. Dejó pasar un corto espacio de tiempo y entró él también.

En la recepción no había nadie. Tocó varias veces el timbre hasta que salió un hombrecito con gafas redondas y uniforme azul con los típicos galones de conserje. —*Quest ce que vous desirez, monsieur*?

—Desearía una habitación.

—¿Para usted solo?

—Sí. Probablemente no estaré más que una noche. ¿Hay más huéspedes en el hotel? —Claro, señor. Está casi completo, pero en una hora me quedará una habitación libre muy buena.

—Me gustaría que me pusiera al lado de una persona sola también. Hay menos ruido y francamente me gustaría descansar con tranquilidad.

—No se preocupe, le daré una buena habitación —repitió—. Le pondré al lado de un señor que acaba de subir ahora mismo. Está poco tiempo en el hotel. Tan sólo para dormir. Le vendrá muy bien si quiere descansar esta misma mañana.

—De acuerdo. Vuelvo en una hora. Iré a tomar un café y a hacer algunas compras.

James pensó que había tenido demasiada suerte. Justo lo que él hubiera deseado. La habitación contigua a su hombre. ¡Y la había conseguido!

Volvió a la hora en punto. Ya tenía la habitación preparada. El conserje era un hombre muy amable que sabía buscarse la propina.

—Ya puede usted subir —le dijo—. Su vecino está en la habitación pero podrá comprobar que es un hombre muy silencioso. No le molestará nada.

—Muchas gracias. Se ha tomado usted muchas molestias —dijo alargándole la mano con un billete de una libra.

Subió lentamente las escaleras hasta llegar a la 112. Su vecino ocupaba la trece. Le deseó, irreflexivamente, mala suerte.

La llave giró en la cerradura con gran facilidad. En general, los hoteles situados en puerto tenían las cerraduras atascadas por causa de la humedad. Este era una excepción.

Nada más entrar en la habitación y cerrar la puerta, pegó el oído contra la pared. En ese momento no se oía ni el vuelo de una mosca.

Se retiró del muro y en ese momento creyó oír una voz. Era él.

—De acuerdo. Prepararé todo a la perfección… de acuerdo. No se preocupe, todo saldrá bien. Hasta pronto.

El auricular sonó al caer sobre el teléfono. ¿Con quién estaría hablando?

Oyó un ruido de pasos que se alejaban. Luego el de una puerta al cerrarse. Sonaron nuevamente los pasos por el pasillo del hotel. Más tarde, volvió el silencio.

James tenía que enterarse a quién había llamado. Ese era un punto importante para avanzar en el asunto. Hasta el momento sólo conocía a los dos sicarios que le habían dado la paliza, pero ellos no eran importantes en la organización, tan sólo cumplían órdenes. Quería saber quién las daba.

Bajó a la recepción para buscar al conserje. En su lugar había una linda muchacha que aparentaba pocos años. Llevaba los auriculares del teléfono.

—Perdone, señorita. ¿Dónde está el conserje?

—Ha salido un momento. ¿Puedo yo servirle en algo, señor?

—Tal vez —le contestó James en plan reservado—.

¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve, señor. ¿Eso es todo?

—No, claro que no. ¿Eres muy curiosa?

—Lo normal.

—Verás, yo necesito saber una cosa que tú puedes decirme. ¿Estarías dispuesta? —Depende.

—No aparentas diecinueve años. No te echaría más de quince.

—Eso me dice todo el mundo.

—¿Dónde vas esta noche? ¿Has quedado con algún amigo?, porque, ¿tendrás amigos? —Sí, claro, tengo muchos amigos, pero esta noche no voy a salir. Me he enfadado con Jules y no pienso salir de casa.

—Eso es una tontería. Sería mucho más interesante que salieras con otro chico esta noche. Si se entera de que te has quedado en casa pensará que estás loca por él. Por el contrario, si sales con otro chico se pondrá celoso y te buscará.

—Tiene razón. Pero ya es tarde para buscar a otro acompañante.

—¿Te serviría yo?

—¿Usted, señor?

—Deja de llamarme señor. Me llamo James.

—Me había parecido usted inglés desde el primer momento. Aunque habla perfectamente francés.

—Bueno, contéstame, ¿quieres venir a cenar esta noche conmigo?

La chica se quedó pensativa. Luego respondió:

—De acuerdo. Salgo de trabajar a las seis.

—Ahora me gustaría que me dijeras una cosa.

Le alargó un billete de cinco libras y prosiguió:

—¿Con quién ha hablado el de la 113?
—Era larga distancia.
—¿Qué número? ¿Puedes decírmelo?
—Sí, señor. Epsom 458.
—Eres una chica estupenda. Esta tarde nos vemos. Hasta luego.
¡EPSOM 458! ¡Era el teléfono de Laura!

* * *

Se fue a la central de teléfonos para no llamar desde el hotel. La muchacha iba a saber demasiado porque estaba claro que escucharía la conversación.

Pidió larga distancia y el número de su novia. El teléfono sonó repetidas veces. Por fin lo cogieron.

—Habla James, ¿quién es?
—Soy Sally, la doncella, señor.
—¡Ah! ¡Hola, Sally! ¿Está la señorita en casa?
—No, señor. La señorita hace un par de días que no está en casa.
—¿Sabe dónde está?
—No le puedo decir, señor; no dejó dicho nada.
—¿Está el señor Biggest, Sally?
—Sí, señor. ¿Quiere hablar con él?
—Por favor, avísele.
—No cuelgue, señor.

Esperó durante unos segundos y al momento se puso el padre.

—¡Hola, James! ¿Por dónde andas? ¿Todo bien?
—Muy bien, gracias. ¿Y Laura?
—No está en casa. Me telefoneó hace dos o tres días para decirme que se iba a esquiar con su amiga Katy.
—¿Y no ha vuelto a saber nada más de ella?
—No. Pero no me extraña en absoluto. Siempre hace lo mismo. Cuando yo viajo me echa la bronca porque no la llamo a diario. Pero cuando es ella la que sale no se acuerda de que existo. Para esto es un caso.
—¿Estás seguro de que no hay problemas con Laura?
—¿Problemas? ¿Por qué tendría que haber problemas?
—¿Ha recibido usted alguna llamada de teléfono?
—¿Cuándo, hijo?
—Hace un rato.
—No. A mí no me ha llamado nadie. ¿Por qué?
—No, no tiene importancia. Tan sólo era una curiosidad. En fin,

hasta la vista, señor Biggest.

—Adiós, James. Hasta cuando quieras. Da recuerdos a tu padre.

Ahora entendía menos que antes. «No habían llamado a su casa». No, no había dicho eso. La frase exacta fue: «A mí no me ha llamado nadie.» Claro, podían haber llamado a cualquiera de los que estaban en la casa. A la doncella, al criado, al secretario…

¿Y cómo es que Laura se había ido con Katy sin decirle nada? Iba a comer con ella. Si cambió de idea, lo más normal era que se lo hubiese comunicado. ¿Tres días fuera? Era muy extraño que Laura se comportase así, aunque las mujeres…

* * *

Regresaba de nuevo al hotel cuando comenzó a caer una fina lluvia. Al entrar en el *hall* vio al conserje que ya había vuelto.

—Buenos días, señor. ¿No hace muy buen tiempo? ¿Ha almorzado ya?

—No, precisamente le quería preguntar dónde hay un buen restaurante por aquí. No conozco bien la zona.

—Tiene Chez Albert que es el mejor de El Havre, aunque un poco caro.

—¿Tiene calidad la comida?

—Por supuesto. Su pescado tiene fama. Viene en la guía Michelin, señor.

—Está bien, muchas gracias. Iré a Chez Albert. Luego volveré a tumbarme un poco. Por la tarde saldré a dar una vueltecita.

—Como guste usted. ¡Que le aproveche!

Comió muy bien en el restaurante que le indicó el conserje. De todas formas a él le gustaba mucho la cocina francesa. Cuando vivía su madre, todas las semanas el cocinero preparaba un día, que solía ser el miércoles, menú francés. Adoraba las «quiches» y las «galettes». Para el hojaldre eran únicos.

De vuelta al Hotel de la Paix, subió a su cuarto dispuesto a reflexionar sobre el método a seguir. Se dijo a sí mismo que lo primero era entrar en la, habitación del vecino y rebuscar entre sus cosas. Era posible obtener así alguna pista.

Pegó el oído a la pared. No se oía nada. Era seguro que no había vuelto. Además el conserje le dijo que solamente dormía allí. Casi todo el tiempo lo pasaba fuera. No tenía más remedio que arriesgarse.

Maniobró en la puerta de su habitación que comunicaba con la 113. Estaba echado el pestillo. Buscó entre sus cosas algún objeto que pudiera utilizar para abrir, pero no encontró nada. Comenzaba a desesperarse cuando metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un clip. Lo

desdobló y lo metió en la cerradura.

Hizo tres o cuatro movimientos y el pestillo cedió con facilidad. Abrió sigilosamente la puerta y se esforzó para oír lo más posible. Podía estar durmiendo.

Cuando estuvo seguro de que no había nadie, entró con paso firme. Dejó la puerta de comunicación abierta por si tenía que salir corriendo ante alguna eventualidad.

Abrió el cajón de la mesilla. Un billete de avión, una cajetilla de tabaco, y un cortaúñas era todo lo que contenía.

En el armario sólo había un par de trajes y una gabardina, la misma que llevaba el día que entró en el Madison.

Era extraño que no llevara maleta. O por lo menos no estaba en el armario que era lo habitual. Miró entonces debajo de la cama y la encontró detrás de unos pares de zapatos.

La puso encima de la cama y la abrió con facilidad. No tenía la llave echada.

Algunas prendas de ropa interior, dos pares de calcetines, un pantalón blanco y un par de periódicos. Le pareció raro que estuvieran aquellos periódicos dentro de la maleta.

Los sacó y entonces voló al suelo un recorte. El texto era una reseña sobre el torneo de golf que él tenía que jugar en breve. En el margen en blanco había anotado a lápiz un nombre y una hora. El nombre era inglés y le recordó enseguida un restaurante de Londres: Willy's.

Ya tenía algo concreto. Mereció la pena haber llegado hasta El Havre.

Capítulo IV

—TENEMOS que regresar enseguida, Sam. Necesito estar mañana en una cita y antes he de arreglar un montón de cosas en Londres. Walter debe estar que muerde y tendré que darle alguna explicación convincente para justificar mi escapada. El campeonato está encima y tengo que entrenar a tope si quiero conseguir una buena clasificación, cuanto más el título.

—¿Qué has descubierto?

—He encontrado a un tipo que ya conocía. Lo más interesante es la cita a la que antes te he aludido. La encontré registrando su maleta, anotada en una reseña del torneo. Al parecer se saben mi vida.

—Tenía todo preparado por si había que salir de estampida. Hay también provisiones; o sea que ahora mismo pongo en marcha el motor y en diez minutos salimos.

—Lo que siento es una cena que tenía prevista con una niña monísima. Otra vez será. La llamaré para disculparme.

—Siempre has sido un caballero. ¿No has cenado entonces?

—No he tenido tiempo. Será mejor que tomemos algo durante el viaje. Ahora, dejemos a un lado la cuestión de la comida y pongámonos en marcha. Prefiero llegar aunque sea de madrugada. Hay una cosa más que no tengo muy clara: Laura. Hay algo raro. El hombre que encontré y al que he estado controlando todo el día sin ser visto, por lo menos eso creo, llamó a casa de Laura, aunque no sé a quién. Su padre me dijo que se había ido a esquiar con una amiga y lo más extraño es que ella no me avisó.

—¿Por qué tenía que avisarte? Parece que debe estar pendiente de ti.

—Yo no digo eso. Simplemente es una costumbre que hasta ahora ha funcionado. Y es mutua. Yo también la aviso de mis viajes.

—Está bien, no tienes que gritarme por eso. Lo habrá olvidado esta vez.

—Mejor será que volvamos pronto y así podré averiguar la verdad.

* * *

Tenía un dolor de cabeza fenomenal. Se había acostado a las cinco de la mañana y ahora tan sólo eran las diez y media. El estaba acostumbrado

a dormir un mínimo de ocho horas y siempre se resentía de la falta de sueño.

Como había supuesto, Walter estaba hecho un basilisco. Y tenía toda la razón. Quedaban muy pocos días para la final y, aunque tendría lugar en Inglaterra, el norteamericano y el español, eran un grave obstáculo para conseguir sus fines.

Se dio una ducha de agua fría para despejarse lo antes posible y pidió a John que le preparase un baño caliente mientras tanto.

Como siempre: un poco de música y un café bien caliente; no importa cuál fuera la época del año, eran suficientes para entonarle el cuerpo.

Llamó a casa de Laura, de la que nada sabían todavía. Habló con el secretario y le pidió que le recibiera una hora más tarde, porque tenía mucho interés en hablar con él. El padre de su novia no estaba en casa y no pudo saludarle.

Leyó tranquilamente el *Daily Telegraph*. Había un reportaje dedicado al campeón de golf de Estados Unidos, William Sallobree. Hacían alusión a su peligrosísimo putt. Walter ya le había advertido del poderoso golpe.

James pensó por un momento que sería imposible conseguir el campeonato. Durante las dos últimas semanas había entrenado poco tiempo en el campo y no siempre bien. Los nervios le podían jugar una mala pasada. No se sentía seguro de sí mismo. Todo el asunto de su padre, de los cuadros, su pelea… todo esto le traía de cabeza. ¿Cómo iba a centrarse en el golf cuando era muy probable que su vida peligrara?

Apartó con decisión estos pensamientos de su cabeza. Lo peor que podía hacer era regodearse en ellos. Debía mantenerse frío y con los ojos bien abiertos. Hablaría con el secretario del padre de Laura y luego se entregaría a Walter en cuerpo y alma.

* * *

A la hora prevista llegó a la cita con Kenneth Blake. Este le esperaba en su despacho, contiguo al del señor Biggest.

—Siéntese, por favor. Usted dirá —dijo con cortesía el secretario.

—Verá. Ayer llamé preguntando por Laura. Su padre me dijo que se había ido a esquiar por unos días. Resulta extraño para mí que no haya avisado. Quería asegurarme de que no le ha pasado nada y que no existe ningún tipo de problema con ella.

»Por otra parte también le pregunté al señor Biggest acerca de una llamada telefónica anterior a la mía que me consta tuvo lugar. No obtuve tampoco ninguna respuesta satisfactoria. Él no tenía noticias de esa llamada y lo único que me aseguró es que él no la había recibido.

¿Quién fue entonces?

—Señor Callaghan —respondió lentamente el secretario—, no acierto a comprender de dónde puede venirle este nerviosismo. Su novia, la señorita Laura, no ha tenido ningún tipo de problema y no me explico qué circunstancias pueden sugerirle semejante pensamiento.

—Obviamente —contestó James—, si me preocupa es por algo, ¿no cree?

—Puede ser. Pero le puedo asegurar que todo en esta casa está en orden. Con respecto a la llamada siento tener que decirle que yo tampoco tengo noticia de ninguna en especial durante el día de ayer. De todas formas, en la casa hay siete personas de servicio y es posible que, en contra de lo que se les sugiere, y es que no utilicen la línea particular del señor Biggest, sino el número dedicado exclusivamente para ello, alguno haya utilizado esa línea.

—Pero la llamada pudo ser desde fuera, no desde la casa.

—En ese caso es probable, cosa que voy a intentar averiguar y que cortaré tajantemente, que alguien del servicio haya dado el número particular para su comodidad.

»En suma, señor Callaghan, si lo piensa usted fríamente no puede encontrar ningún motivo de preocupación. Escuche. Su novia se marchó con la señorita Katy Kelton a esquiar durante unos días, para lo cual avisa a su padre una vez consumada la acción, quizá evitando así una negativa por su parte. No hay nada raro en esta actitud. La segunda cuestión, la llamada telefónica, tiene una base tan poco convincente que ni usted mismo se la debe de creer. Tranquilícese, no hay motivo de alarma ni de preocupación. Se lo aseguro, señor Callaghan.

—No me queda otra solución que creerle. Le agradezco mucho su colaboración, señor Blake. Comunique mis saludos al señor Biggest y cuando Laura regrese, dígale, por favor, que me llame lo antes posible.

—Transmitiré sus deseos, señor.

—Muchas gracias, Blake —dijo James en un tono mucho, más familiar—. Hasta la vista. Buenos días.

Y salió de la habitación sin esperar respuesta. Kenneth Blake tampoco le había convencido.

* * *

—¿Cuánto tiempo me van a tener aquí? —gritó Laura.

Nadie le contestó. Las voces se apagaron y volvió a escuchar el silencio. Empezaba a estar harta de su encierro. En cuarenta y ocho horas, por lo menos, según sus cuentas, que llevaba encerrada, había tenido tiempo de pensar en muchas cosas. Sobre todo en el secretario de su padre. Estaba claro que mantenía contacto con aquellos dos gorilas,

pero ¿con qué motivo?

¿Estaría enterado su padre de las «amistades» de Blake?

Transcurrieron un par de horas. Los mismos pasos de siempre y la luz que se encendía. Ya sabía que la puerta se iba a abrir y aparecería su carcelero con la comida.

—¿Qué bazofia me traes ahora? —dijo Laura.

—Salmón ahumado y caviar, preciosa. ¡No faltaría más!

—Algún día tendréis que soltarme, ¿no? ¿O pensáis…?

No terminó la pregunta. Se asustó ella misma de sus pensamientos.

—Ya se decidirá en su momento lo que hacemos contigo. Te dije una vez que no soy yo quien da las órdenes, tan sólo las cumplo. Y te aseguro que haré lo que me manden, sea lo que sea.

—No esperaba menos de ti, bestia.

—Oye, oye, ¿pero qué modales son ésos para una señorita?

—Para un tipo como tú no se necesitan los modales. Con un látigo bastaría.

—Mírala. Parecía tan delicada y nos ha salido sanguinaria.

—Sal de aquí, miserable, si no quieres que te tire la bandeja a la cara. ¡Fuera!

—Está bien. Si no fueras quien eres, te ibas a enterar.

Salió de la habitación y apagó la luz. Como siempre. Laura quedó completamente a oscuras. Pero ya no le importaba. Conocía palmo a palmo el lugar. Lo había recorrido varias veces hasta aprendérselo de memoria.

Terminó de comer y se tumbó sobre el camastro donde descansaba. Pronto se quedó dormida. La tensión nerviosa la había rendido.

Una estrepitosa risa la sobresaltó. Otras carcajadas secundaron a la primera. El golpe de un vaso o una botella sobre una mesa le reveló que sus carceleros llevaban gran parte de la noche bebiendo.

Dio la pequeña luz de su reloj y miró la hora. Eran las tres de la mañana. Desgraciadamente se le había estropeado el calendario y no estaba segura del día que era. Él encierro la había despistado totalmente.

Las voces llegaron ahora con claridad.

—Dame dos.

—Yo paso.

Durante unos minutos reinó el silencio. De repente un vozarrón intervino:

—Ful de ases damas, que gana.

—Eres un tramposo. Llevas toda la noche igual y ya empiezo a escamarme.

Laura reconoció la voz del que le traía la comida.

—Bueno —dijo otro—, no te vas a enfadar por eso, ¿no?

—Sería mejor que nos acostáramos. En los próximos días habrá que estar serenos.

—Yo me voy a casa. Aquí os quedáis vosotros —dijo un cuarto.

—Ya no nos vemos hasta el día señalado. Ya sabes, en los Holiday City Ten la habitación a punto.

—Así lo haré —dijo el de la voz grave.

—No debemos fallar porque tendríamos problemas. Tiene que salir perfecto.

—Descuida. En lo que a mí respecta, ya me conoces. Nunca fallo.

—Eso espero. Hasta pronto, Eddie. Allí nos encontraremos.

Laura se sintió repentinamente muy preocupada. Y no sólo por la suerte que ella podía correr; además estaban preparando algo que su intuición le hacía saber que sería grave, posiblemente irreparable.

Tenía que salir de allí a toda costa. James debía conocer la participación de Blake en el asunto. Y era preciso alertarle porque podía correr mucho peligro. Pero, ¿cómo salir de la ratonera?

Por lo menos dos hombres la vigilaban día y noche. Había oído sus voces. En un par de ocasiones como aquélla se habían reunido con más. Probablemente estaba prisionera en el cuartel general.

Miró hacia el techo y desestimó por enésima vez la salida por la claraboya. Estaba completamente fuera de sus posibilidades. Ni con una escalera la hubiera alcanzado. La ventana tenía una reja cuyos barrotes necesitarían una semana de lima. Y eso en caso de tenerla.

Tenía que arriesgarse. Debía representar una comedia lo suficientemente creíble para sus guardianes, porque la única forma que tenía de salir era por la puerta.

Se dispuso a representar el papel de enferma.

Primero gritaría para llamar la atención. Cuando entraran estaría tumbada en el suelo retorciéndose de dolor, los brazos alrededor de su vientre. Les diría con voz entrecortada que era un ataque de apendicitis, que ya había tenido otro y el médico la había dicho que debía presentarse con urgencia en la clínica, pues la tendría que operar. ¿Se tragarían semejante bola?, pensó.

Cuando uno de los dos hombres estuviera a su alcance le daría un golpe en la cabeza y trataría de huir, adelantándose al otro. Para eso tenía que colocarse en una posición cercana a la puerta.

¿Y con qué golpearía a su vigilante? Durante unos minutos rememoró todos los objetos que había en la habitación. Se habían cuidado muy bien de no dejarle a mano cualquier objeto punzante o hiriente.

¡Pero estaba el camastro! Quizá podía arrancar una de las patas. No debían de estar muy firmes, porque cada vez que se acostaba crujían y

se tambaleaban un poco.

Se dirigió hacia aquella parte de la sala. Tanteó la cama y deslizó sus manos por una de las patas. La juntura con el cuadrante no parecía ser difícil de tronchar.

Movió con fuerza una y otra vez la pata. Mantuvo el vaivén durante un tiempo. Al fin la arrancó. Ya tenía un arma defensiva que estaba segura le sería de gran utilidad.

Claro que todo estaba bien si sólo había dos personas fuera, pero ¿y si había más? Decidió que no podía complicarse la vida de esa manera y que ella misma no debía ponerse pegas. Si las encontraba les haría frente como pudiera. Y si no conseguía salir… lo volvería a intentar cuantas veces fuera necesario.

Sólo tenía un factor a su favor y era la sorpresa. Si no lo sabía utilizar, iba lista. Era muy importante actuar en el momento preciso y atacarles cuando no lo esperasen. Aunque en su fuero interno no lo veía demasiado fácil, por lo menos lo intentaría.

Se mojó las ojeras con saliva para dar la impresión de haber llorado. También revolvió su pelo y ensayó un gesto de dolor.

Cuando consideró que estaba preparada, se tumbó en el suelo junto a la puerta. Aspiró profundamente y comenzó a gritar.

Temió quedarse ronca, pues nadie acudió en su ayuda. Desesperada, comenzó otra nueva serie de chillidos. Esta vez creyó oír unos pasos embarullados por la escalera.

¡Estaba en lo cierto! Alguien se acercaba a su escondrijo. Intentó conjugar los gritos con un fino oído en las pausas. Le pareció que venía uno solo y dando traspiés. Por un momento, en su mente cruzó una idea fugaz. ¡Posiblemente estaba borracho! No sería tan extraño. Les había oído gritar y beber hasta altas horas de la madrugada.

No tuvo tiempo de pensar más. La persona que estaba al otro lado de la puerta, encendió la luz desde fuera. Metió la llave en la cerradura con dificultad y tardó en acertar con el giro exacto que abría la puerta.

El hombre al que ya conocía se tambaleaba ante sus ojos. Había sido despertado por los gritos cuando descansaba de una buena borrachera.

Laura aplaudió para sus adentros.

—¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Por qué gritas? ¿Te has vuelto loca? —dijo con voz ebria.

Se agachó hacia donde estaba la muchacha y su pestilente aliento a alcohol llegó hasta ella. Tuvo que contener un gesto de desagrado.

—¿Te encuentras mal, señorita? —dijo irónico.

—Ten…tengo un ataque de apendicitis —dijo Laura—, no es la primera vez que me da. El médico me aconsejó que fuera rápidamente a urgencias. Tiene que llevarme para que me opere, si no moriré aquí mismo.

El hombre, en su estado semisomnoliento, parecía no comprender muy bien las cosas.

—¿Y cómo voy a sacarte de aquí? Las órdenes son esperar.

—Voy a morir, por favor. Lléveme al hospital.

—Me pones en un aprieto —le contestó.

Estaba muy cerca del rostro de Laura. Ella tanteó el lado de la pared donde había dejado la pata de la cama. Tenía que asestarle un golpe certero porque si no le dejaba inconsciente la cosa se iba a complicar.

Continuó gimiendo y apretándose el vientre con la otra mano. Con la derecha llegó hasta el palo. Lo cogió y sacando hasta las últimas fuerzas le descargó un mazazo increíble. Cayó fulminado a sus pies.

Permaneció callada durante un cierto tiempo escuchando el menor ruido Si había otra persona en la casa, tenía que estar preparada para defenderse.

Pero no oyó absolutamente nada. Era muy probable que el otro estuviera también durmiendo la mona. O los otros, porque no tenía idea,

Salió al pasillo y subió una escalera situada al fondo. Se encontró nuevamente con otra puerta cerrada. Asustada giró el picaporte. Y la puerta se abrió. Mal lo hubiera pasado si la llave hubiera estado echada.

Un espléndido salón apareció ante sus ojos. Todo estaba desierto, pero los restos de la juerga de la noche anterior eran patentes.

La habían tenido encerrada en el sótano de una vivienda. No sabía de quién y tampoco le importaba demasiado en ese momento. Lo único que tenía que hacer era salir corriendo de allí y llegar hasta un teléfono.

Atravesó sigilosamente la sala y fue hasta la puerta de la calle. Tenía el pestillo cerrado. Pero la llave descansaba sobre una mesita.

Cuando respiró aire puro creyó que se ahogaba. Había estado mucho tiempo soportando la humedad del sótano.

Desde lo alto de la colina donde se encontraba, divisó un maravilloso sol rojizo. Estaba amaneciendo.

Sintió una tremenda desolación. Ahora que estaba fuera, se encontraba sola, aislada en un monte y sin un vehículo a su alrededor para poder escapar.

¿Cómo habrían llegado entonces hasta allí? ¿En helicóptero?

Fue una pregunta que no pudo contestarse. Oteó el horizonte y en la ladera le pareció ver, entre curvas, una carretera.

De todas formas tenía que salir. Lo mejor era tirar a campo traviesa. Decidió en un segundo la marcha y se encaminó monte abajo.

Su vista no la había engañado. A unos quinientos metros pudo ver con claridad una pequeña carretera. Desconocía el sitio donde se encontraba y si alguien llegaría a socorrerla.

Llegó junto a la carretera y se sentó en una piedra. Estaba desesperada, hambrienta y muy cansada. Si no aparecía alguien pronto,

se iba a desmayar.

Caminó hacia la derecha. No había pasado un cuarto de hora cuando el ruido de un pesado motor llegó hasta sus oídos.

Se paró en seco. El ruido estaba cada vez más próximo. Esperó acontecimientos. Al fin vio aparecer un tractor. Le hizo señas con la mano para que parase.

El agricultor llegó hasta ella y la saludó:

—Buenos días, señorita, ¿se ha perdido?

—Buenos días. Algo parecido, ¿dónde estoy?

—Aquellas montañas de atrás son los Montes Downs del Norte y ésta es la carretera de Aldershot dirección a Londres.

—¿Hacia dónde se dirige usted? ¿Podría llevarme?

—Por supuesto, joven. La dejaré en Reigate. Yo me quedo allí, pero hay una gasolinera muy frecuentada y es seguro que encontrará a alguien que la lleve hasta Londres. Es allí donde va, ¿no?

—Bueno, puede que me quede antes. Pero no se preocupe, ya me las arreglaré. Y le agradezco muchísimo su ayuda.

El tractor se puso en marcha y Laura, más tranquila, se quedó adormilada hasta que llegaron al pueblo de la gasolinera.

* * *

James Callaghan estaba un poco nervioso. El Match Play estaba a punto de empezar. Walter no paraba de darle consejos y advertencias.

En el último momento decidió cambiarse el calzado. Aquellos zapatos nuevos no le traerían suerte. Walter le increpó hasta el infinito.

—Siempre te pasa igual, James. En el último momento se te ocurren esas tonterías. Eres un maldito supersticioso. El año pasado fue el guante, ahora los zapatos. ¿No decías que jugabas cómodo con éstos?

—Bueno, eso lo dije ayer. Hoy me encuentro mal con ellos. Y no hay más que hablar. Deberías tranquilizarme en lugar de echarme bronca tras bronca. No sé quién se pone más nervioso, si tú o yo.

Walter no tuvo otra salida que echarse a reír.

—Es cierto, James, tienes razón. Yo también me pongo nervioso. Pero quiero lo mejor para ti, quiero que ganes el torneo.

—De eso estoy seguro. Pero no con gritos, no vamos a ningún lado. Te aseguro que voy a pelear como un jabato. No será fácil ganarme.

La competición iba a dar comienzo. Los contrincantes salieron al *green* y se dieron la mano. Los cuartos de final iban a estar muy reñidos, aunque James tenía muchas esperanzas.

Treinta y seis hoyos tenían que cubrir en esa jornada y en las dos siguientes semifinales y la final llegarían a completar los ciento siete

hoyos reglamentarios.

James fue alcanzando los hoyos en una reñida pelea con el norteamericano. No pensó que le costara tanto trabajo. Tenía que relajar los nervios, pues se sentía agarrotado.

Su padre fue a saludarle en un descanso.

—Bien, hijo, bien. No te preocupes. Estás luchando con coraje y esto es lo importante. Debes centrar más el *putt*, asegurarte más. No te arriesgues, ya tendrás tiempo.

Y continuó en voz baja:

—No pienses en nada, hijo mío. Ocúpate tan sólo de la bola. Yo sé que estás preocupado. Y te prometo que lo arreglaremos cuando seas campeón. No te dejes vencer por los nervios.

—Gracias, padre. Te agradezco enormemente tus palabras. ¿Estás dispuesto a terminar la cuestión cuando acabe el campeonato?

—Te lo prometo, hijo. Y ya sabes que sólo digo las cosas una vez.

—Padre, te regalaré la copa.

Volvió a salir a la pista con ansias renovadas. Tenía que ganar.

La ronda era muy difícil. Pero James pasó a semifinales. El español, el norteamericano y Mayer, el australiano, tendrían que jugar, al día siguiente, para la final. Walter suspiró por el australiano, porque era el enemigo más fácil a batir. Pero por la misma razón sería el que se quedase en la estacada. Su chico se había portado y no podía estar quejoso.

—Tómate unas pastillas esta noche y descansa lo mejor que puedas —le dijo Walter.

—En absoluto. No me tomaré nada. Voy a descansar por mí mismo, te lo aseguro. Estoy roto. Y me esperan todavía dos días muy duros, si es que llego a la final.

—Vete a casa pronto, no te entretengas.

—Ahora mismo salgo. Mi padre me está esperando. Hasta mañana, Walter.

—Animo, muchacho. Les tenemos la moral comida.

—¡No me hagas reír!

* * *

La cita que encontró en el recorte del periódico de «el egipcio» coincidía con el segundo día del torneo.

Afortunadamente era un poco tarde y pensó que llegaría a tiempo. Hubiera sido imposible dejar el Match a la mitad para acudir al restaurante.

Decidido a ganar, llegó a la final. Fueron batidos el español y el

australiano. Walter no las tenía todas consigo. Le habla tocado el peor rival, Sallobres.

Cuando terminaron la jornada, el americano había hecho unas declaraciones a la televisión demasiado insolentes. «Tengo en el "hoyo" a Callaghan.» Como buen yanqui, era un fanfarrón. Pero James no se apuraba por eso. Había decidido tomarse las cosas con la mayor flema inglesa.

Directamente de la ducha se vistió sin darse el masaje de rigor y salió directo al Willy's. Consiguió evitar a Walter, que a un solo día de la final, estaba nerviosísimo. ¡Si supiera donde iba le daba un infarto!

Bajó del coche en el aparcamiento donde unos días antes lo había dejado Laura. Subió en el ascensor y llegó hasta la barra del bar del restaurante.

En una primera ojeada no encontró a nadie conocido. Ni al «egipcio».

Pidió un martini y unos canapés de anchoa. Terminó la consumición sin que nada anormal hubiese pasado. Volvió a pedir otro martini.

—Buenas noches, señor Blake.

El nombre pronunciado detrás de él le obligó a volver discretamente la cabeza.

El maítre había saludado al secretario de Biggest. ¡Qué coincidencia! ¿O no?

Cogió su vaso y fue a sentarse a una banqueta a la otra punta de la barra, situada en lugar menos visible.

A los pocos minutos apareció el «egipcio». Se acercó al camarero y le preguntó algo. Se acercó a la mesa donde se había sentado Blake y le dio la mano. Con un gesto le invitó a sentarse.

Ahora estaba más claro. Estaba llegando al final de la trama. El secretario era, casi seguro, uno de los jefes, y le había estado tomando el pelo la mañana en que se vieron. «No sé nada de una llamada.» «No sé nada de Laura. Tranquilícese, no pasa nada. ¡Sinvergüenza!», pensó.

Tenía que salir de allí sin ser visto. Preguntó al barman si existía alguna puerta trasera. Tuvo suerte, porque justo al lado de los lavabos estaba la escalera que conducía directamente al garaje.

Pagó las consumiciones y salió rápidamente. ¿Dónde estaría Laura? ¿Qué sería de ella? Estaba completamente convencido de que algo le había sucedido.

* * *

Cuando llegó a casa, lo primero que hizo fue preguntar a John por su padre.

—Está en su despacho, señor. ¿Cenará ahora?

—Sí, John, gracias. Cuando termine de hablar con mi padre.

Tocó a la puerta del despacho. Su padre le contestó con un: «entra».

—Buenas noches, padre.

—¿Dónde te has metido? Walter estuvo preguntando por ti y nadie pudo darle ninguna explicación.

—He ido a una cita.

—¿Crees que es momento para citas? Mañana tienes que disputar la final y te hubiera convenido más venir a casa pronto, cenar algo y acostarte, ¿no crees?

—Puede que tengas razón. Pero cuando te diga a quién he visto en esa cita, no pensarás lo mismo.

—Explícate, entonces.

—Fui al restaurante Willy's. Tuve noticia de una cita que iba a tener lugar allí. Esperé un rato hasta que aparecieron dos personas que yo no conocía y estoy seguro de que tú también. Una de ellas era Kenneth Blake.

—¿El secretario de Nicholas?

—Efectivamente. Y la otra, un hombre de ojos claros, con barba…

—Y bigote negros —le interrumpió su padre.

—Exacto. ¿Le conoces, verdad?

—Estaban juntos dices, ¿estás seguro?

—Padre, no tengo la mínima duda. No soy ciego ni miope.

—Luego Blake tiene algo que ver en todo este asunto.

—Esa creo que es la conclusión lógica —rió.

—¿Sabes algo de Laura?

Nada en absoluto. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

—Dile a John que te prepare algo de cena y acuéstate enseguida. Mañana será otro día. Yo llamaré a Nicholas. Es probable que haya tenido noticias.

—Lo dudo. Seguiré tus consejos. Buenas noches, padre. Que descanses.

—Te deseo lo mismo, James.

No había terminado de cenar cuando sonó el timbre de la puerta «¿Quién será a estas horas?», se dijo entre dientes.

John llegó hasta él.

—La señorita Laura, señorito.

James dio un salto en la silla y se le cayó el tenedor.

—¿Estás seguro?

—Señorito…

—Laura. Laura… —gritó de repente—, ¿Dónde estás?

La chica salió a su encuentro. Le abrazó con fuerza y un largo y cálido beso selló el encuentro.

—¿Qué te ha pasado, cariño? Cuéntame. ¿De dónde vienes?

—Tranquilo, James, todo ha pasado ya. Por lo menos lo peor. He estado encerrada todos estos días.

—Cariño, ¿cómo ha sido eso? ¡Cuánto lo siento! ¿Dónde y cómo fue? Dímelo.

—Pero, James, cielo, ¡si no me dejas hablar!

—Cuéntamelo todo. Ven, siéntate aquí.

—¿Recuerdas que te dije que iba a cenar con Katy? Bueno, pues cuando nos separamos y bajé al aparcamiento para recoger mi coche, alguien, que creo que ha sido uno de los dos gorilas que nos golpearon en el Madison, me anestesió y no sé nada más, hasta que desperté en un sótano desconocido para mí. Allí he estado hasta ahora que he conseguido escapar y un alma caritativa me ha traído hasta tu casa.

—¿Y cómo te encuentras ahora? Ven, vamos a ver a mi padre. Te darás un baño y comerás algo. Dorothy te ayudará.

—Me encuentro maravillosamente. La libertad es algo maravilloso. Y acepto todas tus propuestas.

—Oye, amor, ¿por qué no has ido a tu casa? ¿Por Blake?

—Exacto. Tengo que hablar con mi padre antes de verle.

—Bueno, ahora lo importante es que estás aquí y en perfecto estado. Sigues estando preciosa.

—No digas bobadas. Tengo mugre de tres días, casi no he comido ni dormido, las ojeras me llegan a los pies y tengo la ropa hecha una porquería.

—Pues con todo y con eso, si no fuera porque estamos en mi casa, te diría cómo estás. —Cállate, tonto. Nos puede oír alguien.

Después del baño y de la cena se sintió mucho mejor. Antes de despedirse de James le comunicó sus sospechas acerca de la conversación que había oído durante su encierro. Su intuición la llevaba a creer que querían matarle.

James trató por todos los medios de disimular sus preocupaciones. Quedaron en que ella se presentaría como si tal cosa, a la mañana siguiente, en los terrenos del Werworth Club de Virginia Water para presenciar la final del Match Play Y esperarían.

* * *

Laura se levantó radiante, dispuesta a hacer frente a cualquier situación. Y a James le transmitió el mismo sentimiento.

Llegaron al lugar donde tendría lugar la final. Walter tan sólo abrazó a «su chico», como él decía, y no cruzó ninguna palabra con él.

Callaghan dio la mano a Sallobree. Toda la prensa pudo tomar la deportiva foto a pesar de las declaraciones hechas por el americano.

Treinta y seis hoyos separaban a los dos golfistas del final.

El encuentro dio comienzo.

Callaghan llevaba una ventaja de tres hoyos hasta el catorce de los últimos dieciocho. Ganó en el dieciséis, diecisiete y dieciocho con un *birdie*, par y *birdie* respectivamente. La reacción de Sallobree no se hizo esperar y fue asombrosa. Se apuntó con *puttas* de tres metros el veintitrés, veinticuatro y veinticinco.

Entonces tuvieron que hacer un pequeño descanso porque el siguiente hoyo se encontraba inundado y fue necesario achicar el agua con ayuda de rodillos.

Allí estaba todo el mundo. Laura al lado de Sam. Y también el secretario Blake. Esto no le dio buena espina a la chica.

Se acercaron a tomar un whisky mientras arreglaban el *green.*

Entonces Laura recordó uno de los retazos de la conversación. «Holliday City».

—¿Te suena ese nombre, no?

—Holliday City Sí. Aquí al lado construyeron unos apartamentos con ese nombre. Precisamente los de la parte posterior dan al campo de golf. Ven un momento.

Salieron a la terraza de la cafetería y le indicó los apartamentos. Laura se puso muy pálida.

—Sam, quieren matar a James.

—Pero, ¿qué dices?

—Hablaron de esos apartamentos y de no fallar el golpe. Estoy segura, Sam. Quieren matarle, créeme.

—Vamos a pensar un poco, Laura. Cálmate. ¿Cómo van a matarle desde esos apartamentos? ¿No comprendes que es una tontería? James no tiene que ir allí para nada.

—Sam, es necesario que vaya. Acompáñame. Veremos dónde cae la terraza de los pisos que dan a este lado.

Se dirigieron hacia el lugar indicado. Efectivamente. Sobre el gran hoyo treinta y seis sobresalían las terrazas de dos apartamentos.

—Con un rifle pueden dar perfectamente en el blanco, ¿no es así, Sam?

—Tienes razón. Pero todo eso me parece un poco novelesco.

—Pues a mí, no —contestó Laura—. Mira esos dos hombres.

Un coche rojo aparcó en el lateral del edificio. De él descendieron el «egipcio» y el más alto, éste último con un maletín.

—Esos dos hombres nos atacaron cuando jugábamos al *squash*, y uno de ellos me trajo todo el tiempo la comida durante mi encierro. ¿Me crees ahora?

—Claro que sí, Laura. Vamos. ¿Qué podemos hacer?

—Hay que impedirlo a toda costa.

—Lo mejor que podemos hacer —dijo Sam—, es lo siguiente. Te acercas a recepción y preguntas si han llegado dos señores, con las características de éstos. Dices que tienes una cita con ellos. En fin, arréglatelas para que te den el número de la habitación, si es que han subido.

—Estoy segura, Sam.

—Si es así, una vez que lo seas, vuelve a buscarme. Subiré hasta dónde están y trataré de evitar el desastre. Siempre contando con que lleves razón, Laura.

—De todas formas, si no es como pienso, no habremos hecho nada de más.

—Está claro. Ve y no comentes con nadie lo que pretendemos hacer ni tus sospechas, ¿de acuerdo?

—¡Qué cosas tienes, Sam! ¿Crees que soy tonta?

Con paso firme fue hacia los apartamentos. Si había representado ya el papel de enferma de apendicitis, mucho más fácil sería esto.

Al poco tiempo regresó adonde se encontraba Sam.

—Ya está arreglado. El apartamento veintidós, en el segundo piso. Tenían la habitación reservada. También oí algo de eso.

—Entonces, vamos.

* * *

El partido se había reanudado. James estaba en un momento brillante, aunque Sallobree no le iba a la zaga.

Notaba James un cierto cansancio porque además de toda la tensión interior que padecía llevaba hasta el momento cien hoyos en tres días.

Callaghan pudo obtener la victoria pero falló en el hoyo treinta y cinco un *putt* desde más de un metro. El ambiente era de gran nerviosismo. En el treinta y seis ambos hicieron un *birdie*.

El desempate se jugaría en el primer hoyo, lo que a James sin saberlo le libraba, en principio, de una muerte segura.

El hoyo también estaba inundado y hubo un tiempo de espera para que trabajaran los rodillos.

Mientras tanto, Sam y Laura, que tampoco sabían que había un desempate en el primer hoyo para que hubiera un vencedor, subieron las escaleras de los apartamentos.

Llegaron frente a la puerta veintidós.

Sal le hizo seña para que se retirara. Levantó la pierna a la altura de la cerradura. La primera patada consiguió su objetivo.

Les pillaron montando el trípode para sujetar el rifle. La intuición de

Laura no había fallado.

Sorprendidos, tuvieron tiempo para reaccionar. Sam se abalanzó sobre uno de ellos como un tigre.

Laura quedó en segundo plano acerca de la puerta de salida. El de los ojos claros le miró fijamente. Su compañero le gritó:

—Cógela, Dusty, cógela. Esa víbora me golpeó en la cabeza antes de escapar.

Con paso lento fue hacia ella. Pero Sam estaba muy atento. Estiró la pierna y al mismo tiempo que le asestaba un golpe al hígado a su contrincante, le puso la zancadilla al otro.

Aprovechando la caída del primero y el grito de dolor del «egipcio», cayó a plomo sobre éste, que en aquella ocasión quedó mal parado.

Sam se batía con agallas. A diestro y siniestro movía los brazos con tal rapidez y fuerza que no tuvo demasiada dificultad para dejarles fuera de combate en poco tiempo. Un puñetazo al mentón para uno y una patada en los riñones para el otro terminaron con su faena.

Durante este tiempo, Laura había bajado a llamar por teléfono a la policía. Había que cortar ese asunto por lo sano.

Cuando regresaba a la habitación, se cruzó en la escalera con Sam, que bajaba frotándose las manos.

—Asunto concluido, nena. James puede estar orgulloso de nosotros. Por esta vez nos hemos portado.

—Ya lo creo. Acabo de llamar a la policía. Llegarán enseguida.

—¿Qué te parece si vamos a ver el final del Match?

—¿No necesitas un trago?

—No. Prefiero ver primero ganar a mi amigo y luego celebrarlo con ese trago.

—Me parece una idea acertada. Date prisa, porque hace tiempo que ha debido empezar.

Y salieron corriendo hacia el hoyo.

El par era de cuatro golpes, pero Callaghan y Sallo—bree alcanzaron el *green* en dos.

La intensa lluvia caída durante el día, y sobre todo durante los últimos hoyos, dificultó más aún la labor de los jugadores.

Esto hacía muy difícil calcular la intensidad de los golpes con relación a la velocidad requerida para que la bola llegase al lugar deseado.

En el tercer golpe, James introdujo la bola en el agujero y su rival no.

Sam y Laura llegaron a tiempo de ver cómo James Callaghan se proclamaba vencedor de la final del campeonato mundial de golf, modalidad Match Play.

Laura comenzó a gritar de alegría como una chiquilla. Los micrófonos de radio y televisión se acercaron hasta James. «He tenido mucha suerte al derrotar a William Sallobree, es un tremendo rival, de una gran calidad», fueron las primeras palabras del nuevo vencedor, que dio la mano al perdedor.

Todo el mundo le rodeaba. Amigos, familiares, gente de la prensa. Le costó trabajo acercar hasta la tribuna de honor para recoger la copa.

Con mucha dificultad, Laura consiguió colocarse a su lado y contarle, en pocas palabras, lo que había sucedido mientras transcurría el juego.

Llegó hasta el presidente de la Federación de Golf, que le entregó la copa. La levantó para que el público reunido pudiera observarla. Los aplausos fueron estrepitosos. Walter estaba a punto de llorar.

James la atrajo a su lado y la obligó a que sujetara con él la copa en alto. Y ya no pudo contener su emoción.

Julius Callaghan estaba orgulloso de su hijo. Ahora cumpliría su promesa aunque le costara la vida.

Callaghan dejó la valiosa copa en manos de Walter.

Buscó con la mirada a Kenneth Blaker, y ante los ojos atónitos de todo el mundo le dio un par de bofetadas.

—Usted mejor que nadie sabe por qué lo hago. Ahora no necesita dar explicaciones, ya se las pedirá la policía.

Blake, horrorizado, intentó escapar. La multitud le impidió el paso. Los flashes de la prensa no paraban. Blake ocultó el rostro detrás de las manos.

—¡Basta! ¡Basta! —dijo.

La última jugada de James Callaghan había sido maestra.

Capítulo V

—PADRE, ¿qué vas a hacer esta noche? Quiero invitarte a comer al restaurante que desees. Me da lo mismo si está en París o en Roma.

—No es preciso que empieces a dilapidar tan pronto lo que has conseguido.

—Con las libras que he ganado puedo invitarte a comer todos los días del año en el restaurante más caro de cualquier parte del mundo. ¿Estás contento?

—Hijo mío, ¿cómo no voy a estarlo? No sólo me has dado la alegría de ganar el campeonato, sino la dicha de verme libre de esa partida de canallas. He sufrido mucho durante este tiempo. Sobre todo por ti y por tu carrera, si se hubiera sabido antes y con las manipulaciones que esta gente hubiera hecho de la historia, me hubiera visto hundido.

—Pero ya todo ha pasado, padre. Y ahora sí que es cierto.

—¿Y Laura? ¿Vendrá?

—Tiene que llamarme por teléfono. Parece que su padre está muy afectado por todo lo ocurrido. Especialmente, al verse mezclado en el asunto por culpa de Blake. Hacía poco tiempo que le había contratado y está claro que fue a trabajar a su casa porque él era amigo tuyo y así podía tenerte más cerca y mejor controlado.

—Deberías, entonces, ir a visitarle.

—Prefiero dejarlo para otro día. Todo está muy reciente. Y Laura me lo ha pedido también. No cree conveniente que vaya por el momento. Ella me avisará.

—Tienes que celebrar tu triunfo también con ella.

—¡Claro! Pero puede esperar,

—¿Piensas algo acerca de la boda?

—Francamente no he pensado nada todavía. Quiero hablarlo con ella precisamente el día que vayamos a festejarlo juntos. Será un momento apropiado.

—Es una chica estupenda, y muy inteligente.

—Y muy guapa, padre. No te olvides de eso.

—Me gustaría la hubiera conocido de mayor tu madre. Ella siempre tuvo mucho cariño a Laura. Una vez dijo que no sería raro que con el tiempo os llegaseis a casar. Siempre os habéis llevado muy bien.

—Lo recuerdo. Y con Sam. Nunca le agradeceré lo bastante que

arriesgase su vida por mí. Padre, me gustaría hacerle un regalo. ¿Qué piensas?

—Ya he pensado en ello. Le voy a regalar el yate. Y compramos otro a medias, ¿hace? —¡Qué alegría me das! No se me hubiera ocurrido ni a mí mismo. Sam se volverá loco de alegría cuando se lo diga.

—Llámale ahora y dile que venga a comer. ¿Nos podríamos quedar hoy en casa los tres? Ya saldríamos mañana.

—Como quieras. Me parece buena idea. Estoy deseando ver la cara que pone Sam.

* * *

Habían pasado tres días desde que James triunfara por partida doble. Tenía deseos de ver a Laura, pero no quería forzarla. El señor Biggest todavía no se había repuesto del disgusto.

El día anterior había estado con su padre, disfrutando de su buen humor y por la tarde fueron a visitar a tía Margaret, que no pudo acudir al torneo por encontrarse enferma. Habían pasado un día delicioso.

Atravesó el salón y miró la vitrina, repleta de trofeos. En el centro, reposaba la última copa que relucía como un diamante. Se quedó contemplándola durante unos instantes. La voz de John vino a sacarle de su ensueño.

—Señorito, ¿quiere huevos con beicon?

—Desde luego. Ahora me puedo permitir ese lujo. No empezaré de nuevo los entrenamientos hasta dentro de un par de meses por lo menos. Ya tendré tiempo después de quitarme la grasa sobrante.

El timbre interior del teléfono sonó en la habitación. John le dijo:

—La señorita Laura está al aparato, señor.

—Dime, querida, ¿cómo estás? ¿Y tu padre? ¿Va mejor?

—Sí, James. Hoy parece que se ha levantado un poco más animado aunque el golpe ha sido muy duro para él.

—Lo entiendo perfectamente. ¿Cuándo vas a querer salir conmigo?

—Todavía no. Prefiero quedarme unos días en casa. Pero te llamaba porque quizá tú quieras venir. Podemos comer juntos aquí. Tengo muchas ganas de verte.

—A mí me pasa lo mismo. De acuerdo, sobre las doce estaré ahí. Hoy hace buen día. Podíamos comer fuera, junto a la piscina. ¿Sería complicado que preparasen todo en el jardín?

—En absoluto —contestó Laura—, con que tú lo quieras es suficiente.

—Gracias, amor. Luego nos veremos. Un beso.

—Espero que me lo des personalmente.

Empezó a silbar una canción de Tom Jones que le gustaba mucho. Estaba contento. Todo iba saliendo a la perfección. Y su padre tenía razón. Laura era una mujer maravillosa. Le pediría ese mismo día que se casara con él.

* * *

Con una túnica blanca que le cubría hasta la mitad del muslo, le esperaba en la puerta. Como hacía varios días que no la veía, la encontró maravillosa. El pelo limpio y brillante, con aquellas ondas naturales tan bonitas, le daban un cierto aire romántico, una estampa sacada de un libro de arte.

Separó sus labios de los de él.

—Puede venir mi padre.

—¿Dónde estás ahora?

—Le he dejado en su cuarto, arreglándose.

—¿Está ya levantado?

—No, pero he tenido que hacerlo porque ha llamado la policía. Necesitan hacerle unas preguntas. Bajará dentro de poco.

—Entonces, podemos esperarle en el jardín, tomando el aperitivo.

—Todo está preparado.

Se sentaron en dos sillones blancos de mimbre.

—¿Un martini? —preguntó James.

—Sí, seco, como siempre.

—Eres un hombre de ideas fijas.

—Y en lo que a ti respecta, más —rió.

—He estado pensando en toda la historia pasada, James.

—¿Con qué motivo?

—Tú me dijiste que mi padre y el secretario te confiaron que no había habido ninguna llamada para ellos.

—Sí. Y también te dije que tu padre me aseguró que te habías ido a esquiar con Katy —¿Cómo dices?

—Que tu padre me dijo que te habías ido a esquiar con Katy, después de que comisteis juntas.

—Entonces mi padre te mintió.

—¡Claro!, ¿no es posible? ¿Y con qué motivo?

—No lo sé.

—Es posible que Blake encargase a alguna chica que llamase en tu nombre o haciéndose pasar por ti para engañar a tu padre.

—Me parece improbable. Mi padre no me ha comentado nada. ¿Y por qué tenía que comentártelo? Ya está todo pasado. Preferiría no volver a hablar de ello.

—Creo que sería mucho mejor hablar con él.

—Puede ser, pero éste no es el momento.

—James, mi intuición no me ha fallado en todo este asunto, y ahora, por primera vez, no veo claro la persistencia en los nervios de mi padre, su intranquilidad, su desazón, ¿por qué ha mentido? Son muchas preguntas sin respuesta que yo quiero hacerle. Soy su hija y tengo derecho a saber las cosas.

—Claro que sí, Laura. Pero no es éste el mejor momento. Tú misma me lo has estado diciendo.

—Sí. Yo te So he dicho cuándo creía que su estado era producido por el sofocón que se llevó al ver que en su casa había un delincuente. Pero ahora hablo de otra cosa, ahora estoy hablando de él, de mi padre. ¿Oculta algo más detrás de sus nervios? Eso es lo que quiero averiguar. Porque tengo motivos para sospechar.

James se quedó callado. No sabía qué contestar, porque no tenía una respuesta. En ningún momento había dudado de la sinceridad y honradez del padre de Laura.

Recordó la entrañable ansiedad que le unía a su propio padre. Laura tenía que estar equivocada. Debía de haber dado demasiadas vueltas para pensar una cosa así.

—James, vamos a hablar con mi padre.

—De ninguna manera, Laura. No soy capaz de importunarle en su situación.

—No vamos a importunarle, simplemente le vamos a pedir por favor que responda a una serie de preguntas. Soy su hija. Sólo quiero ayudarle.

—Yo no voy Déjalo para más adelante, cuando se encuentre mejor.

—Entonces puede ser demasiado tarde.

Un ruido parecido a un disparo salió de la casa.

—Ya es demasiado tarde —afirmó Laura.

Fueron corriendo hasta la entrada de la casa. Allí encontraron al mayordomo, que había acudido también al escuchar la detonación. Segundos más tarde, llegaron Dorothy y el cocinero.

—Creo que ha sido un disparo —dijo James con un hilo de voz.

—¿De dónde ha venido? —preguntó Laura desesperada.

—Creo que del despacho, señorita —respondió el mayordomo.

Fueron todos hacia allí y James abrió la puerta.

Nicholas Biggest yacía con la cabeza sobre la mesa de su despacho.

Se había pegado un tiro en la sien.

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.